

INTERVENCIÓN MILITAR DE LOS ESTADOS UNIDOS EN FILIPINAS, 1898-1904

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ¹

RESUMEN

La favorable actitud británica resultó decisiva para facilitar el ataque estadounidense a Manila, al permitir a la escuadra de Dewey utilizar su posesión en Hong Kong como base, y volvió a serlo al dificultar seriamente el envío de la expedición de socorro del almirante Cámara. Los planes defensivos españoles, dentro de la escasez de medios, fueron inadecuados, tanto en el aspecto naval como en el terrestre, tampoco los americanos fueron los adecuados, pero se vieron favorecidos por la insurrección filipina. La nueva guerra contra la incipiente república independiente de Filipinas, mostró las limitaciones de los vencedores en la anterior.

PALABRAS CLAVE: Guerra del 98. Imperio Británico. Diplomacia. Guerra naval. Insurrección filipina.

ABSTRACT

The favorable British attitude was decisive in facilitating the US attack on Manila, by allowing Dewey's squadron to use its possession in Hong

¹ Doctor en Historia. Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Kong as a base, and again by seriously impeding the dispatch of Admiral Camara's relief expedition. The defensive Spanish plans, within the shortage of means, were inadequate, as much in the naval aspect as in the terrestrial one, nor the Americans were the suitable ones, but they were favored by the Philippine insurrection. The new war against the incipient independent republic of the Philippines, showed the limitations of the victors in the previous one.

KEY WORDS: War of the 98. British Empire. Diplomacy. Naval war. Filipino insurrection.

* * * * *

Pese al optimismo oficial tras la victoria incompleta sellada en el pacto de Biac na bato, los españoles residentes en Filipinas sabían que la insurrección rebrotaría de nuevo en cuanto las circunstancias le fueran favorables. Y lo cierto es que el cuerpo expedicionario se había desgastado en una campaña de 16 meses, se habían repatriado enfermos, heridos y cumplidos, y a la Infantería de Marina expedicionaria.

Las tropas indígenas se habían mostrado poco fiables, abundando la desertión cuando no la sedición, y en cuanto al material, ni se habían subsanado las deficiencias, especialmente en artillería, ni se había atendido a su mantenimiento.

Por su parte, la escuadra española del apostadero de Cavite, primera línea de defensa del archipiélago, mostraba un gran desgaste, tanto en los buques, máquinas y artillería, como en los hombres, aparte de que no había recibido refuerzos de consideración.

La moral, por tanto, era baja, las desgastadas fuerzas españolas, sin los refuerzos de todo tipo que no podía enviar una agotada metrópolis, serían incapaces de hacer frente a una nueva rebelión, especialmente si ésta se apoyaba en una intervención de otra potencia.

Diplomacia y estrategia

Tradicionalmente en Filipinas el temor se había dirigido hacia el expansivo Japón Meiji, estado limítrofe desde que en 1895 había arrebatado a China la isla de Formosa a raíz de la guerra entre ambos imperios. Aunque

ese mismo año se había firmado un tratado hispano-japonés de límites, al que siguió otro comercial, los recelos hacia el panasiatismo japonés parecían estar más que justificados, y todos esperaban que Japón jugara con respecto a Filipinas un papel parecido al de los EE.UU. en relación con Cuba.²

Sin embargo, las cosas no sucedieron así. Desde 1895, al trazar los planes para una guerra con España, los estrategas navales estadounidenses habían previsto un ataque a Manila, considerado en primer lugar como un medio para distraer fuerzas españolas del escenario principal de la guerra en el Caribe, elevar la propia moral con una temprana y fácil victoria, o utilizar la conquistada Manila como moneda de cambio en la negociación posterior a la guerra.

Paralelamente y chocando seriamente con los intereses japoneses, los EE.UU. estaban dispuestos a anexionarse la efímera república creada en las Hawaii por los colonos estadounidenses. Mientras, la cuestión de China, que estallaría al año siguiente con la rebelión de los “boxers”, estaba excitando los deseos de las grandes potencias por situarse en un lugar preeminente en el Extremo Oriente.

Para los teóricos de la expansión americana, como Alfred T. Mahan, el plan de establecer toda una faja estratégica desde Puerto Rico a Filipinas era la meta deseada, culminada poco después con la construcción del canal de Panamá, que comunicaría ambos océanos.

La postura de la teóricamente neutral Gran Bretaña fue determinante: convencida de que España no podría retener las Filipinas, trataba de impedir que cayeran en manos de alguna potencia rival, por lo que decidió apoyar a los Estados Unidos en Filipinas, y apaciguar al impetuoso kaiser Guillermo II con un “premio de consolación” consistente en las Marianas y Carolinas.

Y en cuanto a Japón, con quien mantenía excelentes relaciones, los británicos consiguieron su abstención en Filipinas a cambio de su total apoyo en el ya muy cercano enfrentamiento con el Imperio Ruso, rival en toda Asia del británico, como se demostraría en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

Aunque no haya mucha constancia documental en estos acuerdos, que permanecieron básicamente secretos, los hechos los confirman plenamente. En enero de 1898 el escuadrón asiático de la marina estadounidense, al mando del comodoro Dewey, se encontraba fondeado en Yokohama, Japón. Dos días después de que el *Maine* entrara en La Habana, el 27 del mismo mes, se recibían órdenes de no licenciar a los marineros cuyo tiempo de servicio estuviese a punto de expirar. El asunto prueba nuevamente que, con

² RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A.R.: *Tramas ocultas de la guerra del 98*. Actas. Madrid, 2016.

anterioridad a la explosión del acorazado en el puerto cubano, los EE.UU. se estaban preparando para la guerra, y además, en un escenario sin relación alguna con la insurrección cubana.

El 25 de Febrero, diez días después de la explosión del *Maine* y cuando aún la comisión investigadora apenas había iniciado sus trabajos, se produjo el famoso telegrama de Roosevelt, enviado presuntamente a espaldas del secretario de Marina Long, en el que se ordenaba a Dewey dirigirse a Hong Kong, y ante la “eventual declaración de guerra con España...”, le recordaba que su deber era impedir que la flota española basada en Manila pudiera dejar aquellas aguas, atacándola en su bases. Por supuesto Long no sólo no anuló tales órdenes, sino que las completó, ordenando al comodoro que llenara las carboneras de la escuadra con el mejor carbón disponible.

En la entonces colonia británica, Dewey preparó sus buques, reparándolos y poniéndolos a punto en los astilleros británicos, adiestrando a las dotaciones e incluso, reclutando marineros locales para completarlas. E incluso realizando prácticas de tiro constantes, y como para no ocultar sus intenciones, cambiando la pintura de los buques del blanco en tiempos de paz al gris de guerra.

Para las operaciones se precisaban buques de aprovisionamiento con carbón, lubricantes, municiones y provisiones de todo género necesarias, por lo que, siguiendo órdenes, Dewey compró a la compañía británica “Peninsular & Oriental” dos vapores, el *Nanshan* y el *Zafiro*, así como sus cargas. También se compró otro vapor, ahora en Singapur, el *Mc Culloch*, más pequeño y rápido, para que sirviera de enlace y mensajero, pues al no existir la radio todavía, las flotas sólo podían comunicar por medio de la telegrafía instalada en los puertos.

Los tres buques incorporaron parte de sus tripulaciones a la escuadra, los dos transportes irían desarmados, pero el *McCulloch* fue armado, si bien sumariamente, con cuatro cañones de 100 mm, para servirles de escolta.

Pese a todo, Dewey estaba retrasado en sus preparativos sobre los planes de guerra norteamericanos, así que las autoridades británicas de la colonia no se dieron por enteradas de la declaración de guerra hasta pasados unos días, por lo que la escuadra pudo permanecer en el puerto neutral hasta el día 25.

Y como el nuevo plazo no bastara, la escuadra recaló en la bahía Mírs para completar su alistamiento, entonces bajo dominio chino. Lo significativo del caso es que tal territorio debía pasar a manos británicas y la concesión estaba ya aprobada, pero se retrasó para que los americanos pudieran permanecer por otro plazo más en aguas de otra potencia neutral.

La legislación internacional prohibía que el territorio, industrias, súbditos o barcos de un país neutral sirvieran para facilitar una agresión contra un tercer país. Así que, de hecho, la actitud británica posibilitó el ataque de Dewey contra Manila porque los EE.UU. no tenían base alguna (aparte las todavía independientes Hawai) hasta su propia costa Oeste, a más de 7.000 millas marítimas de distancia, lo que no sólo dificultaría seriamente el ataque inicial, sino que supondría graves riesgos para la campaña subsiguiente, pues desde allí tendrían que acudir los refuerzos y provisiones. Y nadie podía dudar de cuál era el propósito de la escuadra, aunque sólo fuera porque las autoridades británicas era natural que se interesaran por el fin de todos aquellos aprestos bélicos realizados a la vista de cualquier observador en una de sus posesiones más estratégicas de Extremo Oriente.

No parece que hubiera reclamaciones diplomáticas españolas sobre tales hechos, pero creemos que el gobierno de Sagasta tenía buenos motivos para no hacerlas: el primero, que en la difícil situación internacional de España, aislada y buscando el apoyo del “concierto europeo” para impedir la guerra, indisponerse con Gran Bretaña era un error. Parecía mejor lograr ese apoyo diplomático, con el cual se diluiría la amenaza y los preparativos de Dewey dejarían de ser un peligro, que por hacer reclamaciones, indisponerse con la talasocracia británica, cuya mala voluntad podría ser decisiva tanto antes del conflicto como durante él.

El segundo motivo es que, como ya sabemos, la escuadra de Cervera estaba haciendo lo mismo en otro puerto neutral, el de Cabo Verde, y, de hecho, gozó aún de mayor amplitud, pues lo abandonó nada menos que el 29 de Abril. Plantear aquella cuestión podía poner en evidencia que España estaba haciendo lo mismo, y en el escenario principal de la guerra.

Por otra parte, las autoridades españolas estaban perfectamente al tanto de los preparativos y composición de la escuadra, gracias a los informes del cónsul español en Hong Kong, y al jefe de la Comisión de Marina allí establecida, D. Juan Pastorín.

Dewey recibió el 27 de Abril, y fondeado en la bahía Mirs al cónsul norteamericano en Manila, Williams, que le traía las últimas noticias y datos sobre los preparativos españoles, con lo que la escuadra pudo zarpar con información puesta al día sobre su objetivo.

Además, los estadounidenses entraron en contacto en Singapur, otra colonia británica, con el líder rebelde Aguinaldo, ofreciéndole que volviera a Luzón a dirigir una nueva sublevación, y con promesas, más o menos explícitas de que lograría la independencia. Y allí fueron conducidos poco después por buques americanos Aguinaldo y sus colaboradores.

El combate de Cavite

Aquellos fueron, sumariamente expuestos, los antecedentes políticos y diplomáticos del decisivo combate naval que implicó la pérdida de las posesiones españolas en el área, nuestra exposición se dirigirá ahora a narrar una campaña poco o mal conocida.

Balances de fuerzas

De la escuadra atacante, los tres vapores recién adquiridos no participarían en los combates. La verdadera fuerza se reducía a seis buques, cuatro de ellos cruceros protegidos y dos grandes cañoneros, aunque éstos últimos hubieran sido clasificados como cruceros en la Armada española.³

Ninguno estaba blindado, pero los cuatro mayores llevaban la protección usual de la época en buques de su clase: una cubierta blindada en el interior del casco, que en forma parecida al caparazón de una tortuga, protegía las máquinas, calderas y pañoles de municiones. Ello no impedía que los proyectiles enemigos atravesaran el costado o las superestructuras, pero limitaba los daños en aquellas zonas vitales. El resto del buque estaba pues expuesto a cualquier proyectil, excepto el puesto de mando, con alguna protección, y sólo en el caso del buque insignia de Dewey, el *Olympia*, con blindajes en las torres de 203 mm y en casamatas que protegían los de 127 mm.

En total, los seis navíos sumaban unas 19.000 toneladas de desplazamiento, con velocidades entre 11 y 20 nudos, lo que les impediría combatir unidos salvo a la velocidad del más lento, y artillados con un total de 10 cañones de 203 mm, 23 de 152, 20 de 127 y 50 ligeros, de 57 a 37 mm, así como 10 tubos lanzatorpedos.

Dos de los buques habían entrado en servicio en la década anterior, en 1887 y 1889, siendo el resto más modernos. No había nada en su diseño que les hiciera excepcionales, aunque el *Olympia*, el buque con mucho más poderoso de las dos escuadras que iban a enfrentarse, era un navío a tenerse muy en cuenta, pues representaba por sí solo casi la tercera parte del tonelaje y la potencia de la escuadra atacante.

Pocos refuerzos podía esperar Dewey en un inmediato futuro, al estar concentradas las principales fuerzas navales de los EE.UU. en el Atlántico.

³ Sobre toda la campaña naval, vid. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A.R.: *Operaciones de la guerra de 1898. Una revisión crítica*. Actas. Madrid, 1998.

De los otros dos cruceros protegidos norteamericanos destacados en el Pacífico, uno estaba todavía preparándose y en reparaciones en la metrópolis, y el otro era necesario en Hawaii, otros dos pequeños cruceros estaban vigilando las costas norteamericanas y no estuvieron disponibles en toda la guerra.

Disponibles, pero absolutamente inútiles para un combate naval, eran los viejos vapores de casco de madera *Mohican* y *Monocacy*, el primero un venerable vapor de ruedas, veterano de la Guerra de Secesión y botado en 1863, el otro, algo más moderno pues era de 1883, era un anticuado diseño. El armamento de ambos consistía en viejos cañones de avancarga.

Curiosamente, y pese a todos los tópicos, el primero era el buque más viejo de las dos escuadras, aunque, y con buen criterio, los mandos norteamericanos decidieron que ninguno de los dos podía tomar parte en combate naval alguno, por lo que se les dedicó a misiones auxiliares o se tomó parte de sus dotaciones para reforzar las de los que si combatirían.

Para enfrentarse a los seis buques de Dewey, el contralmirante D. Patricio Montojo y Pasarón, jefe del Apostadero de Filipinas, contaba con un total de 10 buques de más de 500 toneladas, aparte de varios transportes armados y de casi una treintena de pequeños cañoneros y lanchas útiles sólo para operaciones policiales y coloniales.

Se trataba de siete cruceros y tres grandes cañoneros, buques por lo general más pequeños y menos potentes que sus adversarios, pero cuyo conjunto no era muy inferior, pues sumaban unas 14.000 toneladas, armados con 37 cañones de 16 a 12 cm, 9 de 9 a 7cm y 35 ligeros de 57 a 37, aparte de numerosas ametralladoras de 25 y 11 mm y 13 tubos lanzatorpedos. Su velocidad oscilaba entre los 11 y 15 nudos.

Aunque de limitadas características, no eran buques ni especialmente malos ni viejos, habiendo entrado en servicio la inmensa mayoría entre 1885 y 1890, excepto el cañonero *Marqués del Duero* de 1875 y el crucero *Velasco* de 1879. Todos tenían sus cascos de hierro y acero, excepto el crucero *Castilla*, que lo tenía de madera con estructura metálica. Dos de los cruceros, al igual que sus enemigos, tenían una cubierta blindada protectora.

Así que deben desecharse por completo las versiones que hablan de antiquísimos buques de madera enfrentados a modernos y prácticamente invulnerables acorazados. Es cierto que eran, por lo general, más pequeños, menos potentes y veloces que sus enemigos, y ligeramente más viejos que sus enemigos, pero no los “inofensivos cascarones” de los que suele hablarse.

Es cierto que la escuadra de Montojo hubiera tenido pocas posibilidades en un combate naval clásico en mar abierto, pero combatiendo a la defensiva, con el apoyo de baterías de costa y protegidos por campos de minas, podían nivelar su inferioridad y rechazar a la escuadra enemiga.

Además, los atacantes operaban dentro de muy estrechas condiciones: al estar privados de bases cercanas propias donde reparar y reabastecerse de municiones y carbón, así como de tropas de desembarco para conquistar un fondeadero, todo lo que no fuera una victoria total sobre los defensores se traduciría en una rápida retirada a un puerto neutral, en donde serían internados por el resto de la contienda tras un plazo de 48 horas de estancia, seguramente insuficiente para remediar daños y averías.

La tónica general es afirmar que los viejos cañones españoles eran incapaces de alcanzar la “enorme” distancia desde la que les bombardeaban sus enemigos, por lo que el combate no fue tal, sino un simple “tiro al blanco”.

Dicho ésto, se indica que la distancia del combate osciló entre los cinco y los dos mil metros, e incluso menos en determinados momentos. Por citar un dato concluyente, la pieza más común en los buques españoles, no la mayor ni la más potente, el cañón de 120 mm tipo González Hontoria modelo de 1883, alcanzaba los diez kilómetros.

Sin embargo es cierto que tres de los buques americanos disponían de cañones de mayor calibre, de 203 mm, con mayor alcance y granadas más pesadas, pero en la época los rudimentarios sistema de puntería hacían que incluso con esas piezas fuera muy difícil acertar un blanco incluso a 5 km, por lo que se solía abrir fuego a distancias menores de aquellos cinco mil metros, y muy a menudo, a la mitad para asegurar el tiro.

Otra ventaja de los atacantes era que 20 de sus cañones medianos, los de 127 mm, eran de “tiro rápido”, es decir, que podían hacer cinco disparos por minuto frente a uno de piezas menos modernas, y eso en el mejor de los casos. Teóricamente eso debería proporcionar una superioridad decisiva, pero el asunto es más complejo: a ese ritmo de fuego, la pieza no podía soportar tan gran esfuerzo de manera continuada, pudiendo aparecer averías, y al ser la carga todavía manual, el cansancio de los artilleros imponía pronto una mayor lentitud.

Además, los buques sólo llevaban entre 50 y menos de cien tiros por pieza, por lo que a ese ritmo las municiones se agotarían en pocos minutos, dejando al buque desarmado. La ventaja real es que con esa velocidad de disparo se podía corregir mejor el tiro, al ser más seguidos los disparos, y una vez centrado las descargas se hacían más lentas. De hecho, en Cavite, los citados cañones americanos no llegaron, ni mucho menos, a realizar un disparo por minuto en total, y tampoco hicieron muchos más disparos que los de 152 mm, de carga lenta.

En cuanto a la artillería ligera, sólo insistir en que las dos escuadras utilizaban los mismos modelos o muy parecidos, y que el escaso tamaño de

los proyectiles les hacía poco eficaces para causar graves daños en los buques. De hecho, una de las pocas enseñanzas válidas de la guerra fue que los cañones de 1 a 6 libras de peso de granada y de 37 a 57 mm de calibre eran casi inútiles contra buques de algún porte, por lo que se tendió a substituirlos por modelos de 12 libras de peso de granada y 75 mm de calibre.

Por último recordar que, como en la época los cañones se disponían todavía principalmente en los costados de los buques, casi la mitad de ellos no podían hacer fuego simultáneamente. Descontados los ligeros, los seis buques americanos tenían una andanada de 8 cañones de 203 y 22 de 152 y 127 mm, contra la española de 20 de 160 a 120 mm, más otros cinco de 90 y 70 mm, conjunto inferior, pero no de manera aplastante. En cuanto a los torpedos, eran el único aspecto en que la escuadra de Montojo tenía superioridad sobre la de Dewey, sumando trece tubos contra diez, y con más recargas que sus enemigos.

Las deficiencias de los planes españoles

Como ya sabemos, las cifras referidas a los buques españoles eran sólo teóricas, dado su mal estado de mantenimiento y la escasez de personal técnico o bien adiestrado en sectores tan decisivos como las máquinas, la artillería o los torpedos.

Mucho de la culpa la tenía su intenso uso durante los años anteriores contra los piratas musulmanes de Mindanao, en la dura vigilancia del extenso archipiélago y contra la insurrección tagala desde 1896 a comienzos del mismo 98. Y tras el duro esfuerzo soportado, no parecía que España pudiera realizar otro para procurar los medios financieros, técnicos y humanos para paliar aquellas deficiencias.

Y, pese a la paz de Biac na Bató, las misiones de vigilancia y represión de algunos nuevos estallidos rebeldes no habían permitido que la escuadra se recuperase en aquellos escasos meses.

Parte del mal estado de la escuadra lo tenía la deficiente infraestructura: el arsenal de Cavite se había quedado anticuado para atender satisfactoriamente las necesidades de reparación y puesta a punto de los buques. Sólo podía reparar cruceros de poco más de 1.000, debiendo ir los mayores a reparar en los astilleros británicos de Hong Kong. Se era muy consciente de que aquello debía tener pronta solución, y pocos días antes de la guerra se recibió la nueva machina para el arsenal, y se esperaba un dique flotante que se terminaba en Gran Bretaña, con lo cual el arsenal podría carenar buques de hasta diez mil toneladas, dique que no llegó a tiempo para la

guerra. También se llevaba tiempo pensando en trasladar las instalaciones a Olongapó, en la bahía de Subic, lugar mucho más a propósito y de mejor defensa, pero las escaseces presupuestarias iban retrasando la realización de algo tan necesario y urgente.

Resultado de todo ello era que tres de los diez buques estaban sometidos a extensas reparaciones cuando estalló la guerra, por lo que resultaron inútiles, y el resto, aunque operativo, se hallaba en deficiente estado, lo que rebajó sensiblemente el potencial de la escuadra. En cuanto al personal, tampoco hubo nuevas incorporaciones, salvo los normales relevos, y éstos con alguna lentitud, pues sin excepción todos los buques estaban cortos de personal, especialmente del especializado.

Realmente, aquella parecía más una escuadra que acabara de salir de un combate que una que se dispusiera a empeñarlo.

Pocos ignoraban en Manila la potencia de la escuadra atacante, como ya sabemos, así que era de esperar que, siendo conscientes de su inferioridad, pocos marinos se hacían ilusiones sobre el resultado de un enfrentamiento, por lo que el estado moral de la escuadra no era bueno.

Se barajó la posibilidad de enviar más y mejores buques a Filipinas. Montojo se quejó al Ministro de Marina que con dos de los cuatro cruceros acorazados de Cervera, buques muy superiores a los de Dewey, podría haber tomado la ofensiva e incluso atacar la costa Oeste de los EE.UU. Tal afirmación era exagerada o poco realista en lo referente al ataque, dadas las enormes distancias y dificultades logísticas que impondría una operación semejante, pero hace resaltar el hecho de que tal refuerzo hubiera sido decisivo.

El mismo Cervera durante su polémica con el ministro de Marina Bermejo expuso su opinión de que su escuadra pudiera dirigirse al Extremo Oriente. No sólo su escuadra era muy inferior a la americana del Caribe, sino que el almirante juzgaba que Cuba estaba perdida, y que el sacrificio de la escuadra, sobre ser seguro, sería inútil, mientras que en el Pacífico, su victoria podría asegurar el dominio español en el área por largos años.

La idea no tenía nada de irracional, pero fue desechada por razones muy poderosas, como eran que los intereses económicos españoles eran mucho más fuertes en el Caribe que en Filipinas y estaban mucho mejor representados en el gobierno y las Cortes. También por las presiones del ejército expedicionario en Cuba, que reclamó el envío de la escuadra, sabiendo que sin ella su resistencia sería imposible, y hasta por el motivo sentimental de que Cuba era considerada más como una parte del territorio nacional, mientras que Filipinas era valorada más como una simple posesión colonial, algo mucho más lejano en todos los sentidos.

Hubo otra posibilidad de refuerzo, considerada incluso antes de la guerra, con motivo de la insurrección tagala y de los temores españoles ante Japón, la de enviar a Cavite uno de los cruceros protegidos *Alfonso XIII* o *Lepanto*, que se estaban por entonces terminando, y de hecho, el primero apareció en el proyecto presupuestario de Fuerzas Navales para Filipinas en aquellos años.

Enviar uno de ellos hubiera significado casi equilibrar la relación de fuerzas, enviar los dos hubiera supuesto seguramente que el ataque norteamericano se anulara o se replanteara bajo supuestos muy distintos, con retrasos que pudieran haber sido decisivos. Pero los dos malhadados cruceros no pudieron abandonar las aguas peninsulares por sus muchos defectos de construcción.

Aunque la escuadra de Montojo fuera inferior y más por su mal estado, las posibilidades de resistencia no desaparecían, pues combatiendo a la defensiva, fondeada y con el apoyo de baterías de costa y minas, podría rechazar a sus enemigos.

Las minas no sobraban en Manila, por lo que se pidieron a España, pero pese a las promesas de Bermejo, lo cierto es que los cañones nunca fueron enviados, y en cuanto a las minas, se embarcaron 70 en el vapor de la Trasatlántica *P. de Satrústegui*, pero con tanto retraso, que cuando el buque se hallaba aún en el Mediterráneo se tuvieron noticias del desastre de Cavite, y se le ordenó la vuelta. Así que hubo que renunciar incluso a esa limitada ayuda. Y aparte de las consecuencias materiales, las morales de no recibir ayuda alguna de España fueron importantes.

Reducidos a sus propios medios, los mandos militares del archipiélago se reunieron el 15 de marzo en el palacio de Malacañang, presididos por el Capitán General Primo de Rivera, para establecer los planes defensivos.

La cooperación entre Ejército y Armada era no sólo deseable sino inevitable, pues y como ocurre en todos los países, si los buques y minas eran operados por los marinos, la baterías de costa lo eran por los militares.

Desgraciadamente, y de forma decisiva, las visiones de unos y otros eran bien distintas: mientras para los militares lo prioritario era defender Manila, centro político, económico y militar de Filipinas, Montojo sostuvo desde un primer momento que la escuadra sólo podía situarse eficazmente para la defensa en Subic, en el lugar del proyectado arsenal, lejos de la capital aunque cercano a la entrada de la extensa bahía donde ésta se encuentra.

La entrada a la rada de Olongapó era estrecha, y estaba cerrada además por un islote, dejando sólo dos pequeños canales de entrada. Uno se cerró echando a pique en él al viejo transporte de la Armada *San Quintín*, ya dado de baja, el otro se cerraría con minas. En el islote se podría instalar una

batería de cañones, y tras aquellas defensas y obstáculos, la escuadra podía resistir a un enemigo muy superior, o atacarle por sorpresa y por la espalda si se dirigía a Manila directamente.

La otra opción era que la escuadra se hubiera situado junto a la ciudad, combatiendo para su defensa apoyada por sus fortificaciones, pero aquello implicaba que la hermosa ciudad fuera escenario y víctima de un combate. En concreto se temía que muchas de las granadas dirigidas contra los buques o las baterías cayeran en la ciudad, provocando graves daños, y aunque los atacantes no quisieran causarlos, lo cierto es que estarían en su derecho al tratarse de una plaza fuerte.

El Ejército disponía de algunos cañones de costa, entre los mejores se encontraban 4 obuses Ordóñez de 24 cm y seis cañones del mismo sistema de 15 cm, además había otros nueve obuses de 21 cm, más anticuados pero todavía eficaces, y otras 24 piezas, muy antiguas y de escasa utilidad.

Lo obvio hubiera sido concentrar aquellos recursos, pero ante las peticiones de Montojo y los temores a dejar a Manila sin protección, se decidió repartirlos: los obuses y los viejos cañones quedaron en los fuertes de la capital, y los seis de 15 cm se repartieron, montando dos en Punta Sangley, para defender el arsenal de Cavite, y enviando cuatro a Subic.

Aquello era perfectamente irracional, al desperdigar así una no muy numerosa fuerza en tres lugares distintos que no se podrían apoyar mutuamente.

En cuanto a los cuatro cañones enviados a Subic, la desgana del Ejército en cumplir lo que veía como una imposición de la Armada pronto fue evidente: cuando Montojo acudió allí el 25 de abril con toda su escuadra para esperar al enemigo, se encontró con que sólo uno estaba montado y los otros tres tardarían todavía mes y medio para estar instalados. El tan asombrado como consternado almirante tuvo que abandonar sus planes de ofrecer batalla en ese lugar y retroceder hacia Manila.

Pero Montojo disponía también de cañones navales que podía instalar en tierra para apoyar a su escuadra. Los diez más modernos procedían de los barcos en reparación, de calibres entre 16 y 12 cm, aparte había otros 28 más antiguos, de 18 y 16 cm, sistemas Armstrong y Palliser, procedentes de buques ya retirados, pero aún capaces de alcanzar más de 5.000 metros y causar daños de consideración a los buques enemigos.

Contando con estas piezas, se planteó defender con baterías las dos entradas a la bahía de Manila, llamadas Boca Chica y Boca Grande, instalando los cañones en la costa y en los islotes que jalonan la entrada. Allí se fondearían minas y hasta se impediría el paso de los enemigos con viejos buques hundidos en los canales de entrada. Detrás de aquella posición se situaría la escuadra, que así podría impedir el que los atacantes llegaran a atacar la capital.

El plan, propuesto por el Coronel de Artillería de la Armada D. Maximino Garcés y el Teniente de Navío de 1º clase D. Rafael Benavente, fue rápidamente aprobado por Montojo, e inmediatamente se iniciaron las obras por las dotaciones de los inútiles *Velasco* y *General Lezo*, apoyadas por los cañoneros *Bulusán* y *Leyte*.

Estas baterías sí que estuvieron a tiempo, aunque faltaran detalles, explicables por la premura del tiempo y la dificultad de la tarea. Por dichas razones o por la falta de lugares adecuados, sólo se instalaron unos 17 cañones del total de 38, pero incluían ocho de los diez más modernos.

Haciendo un rápido balance y refiriéndonos sólo a los cañones de más de 12 cm de calibre, únicos que podrían causar daños de consideración, la disminuida escuadra podía contar con 27 de 16 a 12 cm, de los que podrían hacer fuego simultáneamente unos quince. A ese total, se hubieran podido añadir 11 obuses de 24 y 21 cm, así como 6 piezas de 15, todas del Ejército, y 10 de 16 a 12 de la Armada. Aparte deben figurar los 28 más anticuados de la Armada y otros 24 del Ejército.

Relegando esos últimos 52 cañones anticuados a defender puntos no decisivos y contando sólo con los más modernos, la escuadra pudo y debió haber tenido el apoyo de no menos de 27 piezas de calibres entre 24 y 12 cm, que unidas a las de los barcos, harían un total de 54, de las que 42 podrían abrir fuego simultáneamente. Este total hubiera sido superior al de la escuadra atacante, con 53 cañones de 203 a 127, de los que sólo 30 podrían disparar al mismo tiempo.

Y es bien conocida la superioridad de las baterías costeras sobre buques que las ataquen, por muy diversos motivos. Era una buena baza para los defensores, pero las desavenencias entre marinos y militares y las dudas de Montojo en escoger el punto en que se enfrentaría a Dewey, terminaron consiguiendo que tal fuerza se dilapidara casi totalmente, pues sólo los dos de Punta Sangley pudieron apoyar a la escuadra, y de hecho, la cifra se redujo a uno, pues el otro no podía apuntar desde su emplazamiento hacia la escuadra enemiga.

Repartir los cañones entre cuatro puntos distintos y hasta alejados entre sí fue un grave error que se repitió en el caso de las minas, aunque éstas sólo fueron manejadas por los marinos.

Ciertamente, no eran ni muchas ni buenas. Había 14 británicas sistema Mathieson en el arsenal, aunque faltas de elementos como cable eléctrico que tuvieron que improvisarse o adquirirse rápidamente. Se les destinó a Subic, pero cuando llegó Montojo el 25 de Abril, a la decepción de ver montado sólo uno de los cuatro cañones, se añadió la de que únicamente cinco minas estaban fondeadas.

Otras veintidós se improvisaron con boyas a las que se llenó de explosivos y se les instalaron los detonadores de los torpedos para que estallaran al chocar con los buques enemigos. Colocadas en Boca Grande, hubieran podido ser eficaces, de no ser porque eran demasiado pocas para cerrar efectivamente la amplia entrada, y las poderosas corrientes marinas las desplazaron. Se instalaron otras pocas frente al arsenal, accionadas desde tierra por mando eléctrico, y al menos dos estallaron ante la escuadra enemiga, aunque demasiado lejos para causar daños.

De su efectividad en la época no cabe la menor duda: incluso artefactos más improvisados habían tenido efectos devastadores sobre buques acorazados en la Guerra de Secesión de los EE.UU, donde tuvieron su consagración como arma. Hasta bien entrado el siglo XX bastó con una mina para echar a pique o averiar muy seriamente a buques mucho mayores y mejor protegidos que los de Dewey. Y considerando que su buque insignia, el *Olympia*, navegaba en cabeza de la formación atacante y que representaba por sí sólo casi la tercera parte de la potencia de la escuadra, hubiera bastado con que estallara oportunamente un único artefacto para que el ataque hubiera tenido que suspenderse.

Y finalmente Montojo, pese a sus peticiones constantes de refuerzos y continuas quejas de falta de elementos de lucha, mientras que desaprovechaba los que tenía por no tener un plan definido, seguía distrayendo sus buques y tripulaciones ante noticias de insurrecciones en tal o cual isla.

Todavía el 5 de abril enviaba a dos de los cruceros a sofocarlas, el *Isla de Luzón* a Ilo Ilo, y el *Don Juan de Austria* a Cebú, cuando deberían haber estado preparándose en Cavite para una lucha mucho más decisiva. Hubiese bastado con enviar algunos de los transportes armados con fuerzas de desembarco del Ejército, apoyados por alguno de los pequeños cañoneros.

Por ello, sólo a fines de abril pudo reunir su escuadra pocos días antes de tener que luchar con la enemiga. Tampoco autorizó hacer prácticas de evoluciones o de tiro, por no gastar munición ni provocar nuevas averías, lo que siempre es una elección errónea por obvios motivos.

Ya sabemos cómo llegó con su escuadra a Subic y el cuadro que allí encontró, pero las desgracias nunca vienen solas, y al crucero *Castilla* se le abrió una vía de agua, aunque el buque no peligraba, la reparación no pudo ser sino provisional, tapándose las grietas con cemento hidráulico, por lo que el crucero no pudo encender ya sus máquinas, pues las vibraciones hacían desprenderse el cemento. Aquello convenció a Montojo de que no podía presentar batalla tampoco en movimiento en las bocas de la bahía de Manila, por lo que, con el *Castilla* a remolque, y ante la consternación de

toda la escuadra, se dirigió a Cavite, fondeando allí en la mañana del día 30, cuando no quedaban ya ni veinticuatro horas para que apareciesen los buques de Dewey.

Tampoco ahora hubo tiempo ni intención siquiera de colocar boyas y otras referencias para centrar el tiro o hacer alguno de práctica, con las consecuencias previsibles a la mañana siguiente.

Lo único que se hizo fue instalar en el arsenal algunos de los cañones navales que habían “sobrado” al montarse las baterías de Corregidor. Se trataba de cuatro piezas de 16 y 12 cm pero, por la premura del tiempo, el cemento de sus emplazamientos no pudo fraguar, y al día siguiente, se desmontaron tras hacer uno o dos disparos. No es que se esperase mucho de ellas, pues al estar todos los artilleros disponibles embarcados en la escuadra o en las baterías de la entrada, tuvieron que ser manejadas por personal tan impropio para aquella misión como guardias de arsenales, ordenanzas y asistentes, que, por otro lado, no sumaban sino ochenta hombres. También se emplazaron tres viejos cañones de 8 cm, de escasa utilidad práctica, quedando en el arsenal sin montar el resto de las piezas mencionadas y un gran número de 9,8 y 7 cm.

La escuadra fondeó frente al arsenal, disponiéndose de la siguiente manera: en el centro el *Cristina*, con el inmóvil *Castilla* a su lado, junto a ambos se habían colocado gabarras llenas de arena para que les sirviesen de escudo contra torpedos y proyectiles que buscaran su línea de flotación. Hacia Punta Sangley estaba el *Austria*, el cañonero *Marqués del Duero* y el crucero *Don Antonio de Ulloa*, al otro extremo de la línea los dos cruceros *Isla de Cuba* e *Isla de Luzón*.

El *Ulloa* era poco más que un cascarón, pues al estar en reparaciones se le habían desmontado las máquinas y casi toda su artillería. Sin embargo se pensó en utilizarlo como batería flotante, para lo cual se le dejaron los dos cañones de 12 cm de una banda y otro ligero, con su dotación reducida a 37 hombres, exclusivamente para atender las tres piezas.

Todos los buques habían sido pintados de gris, en vez del blanco habitual en aguas tropicales, excepto el *Castilla*, que sólo pudo pintar los reductos, ofreciendo el resto del barco un inmejorable blanco.

Había otros buques en el arsenal o cerca de él, y aunque ninguno de ellos participó en el combate, tanto estudiosos norteamericanos como españoles han incluido a alguno de ellos o a todos en la escuadra, llamando a error.

Se trataba del crucero *Velasco*, en reparación y sin máquinas ni artillería, con su dotación reducida a 14 hombres, pues el resto estaba en las baterías de la entrada, y el *General Lezo*, en idéntica situación y con 13

hombres custodiando el casco. Además estaba allí el vapor hidrográfico *Argos*, sin valor militar alguno y con 9 hombres, aparte del transporte de la Armada *Manila*, armado con dos piezas de 42 mm y dos ametralladoras de 25 mm, pero con su dotación también reducida al haber pasado 15 hombres a reforzar la del *Cristina* y, por último, del cañonero *Mindanao*, en construcción.

Más hacia Manila había fondeado el vapor de la Trasatlántica *Isla de Mindanao*, llegado hacía pocos días de España, y que había colaborado con la escuadra en sus preparativos. Estaba armado como vapor correo con dos cañones de 9 cm, pero no tenía munición para ellos ni podía defenderse con tan escaso armamento, por lo que Montojo sugirió a su capitán que dejase la bahía antes del ataque, pero éste, alegando no tener órdenes de su compañía decidió quedarse allí.

Había además otros buques en la bahía de Manila y aguas cercanas como las de la entrada, río Pasig y la laguna de Bay, se trataba de los cañoneros *Leyte*, *Arayat* y *Bulusán*, el pequeño transporte de la Armada *Cebú*, y varias lanchas armadas, como la *Otálora*, *Ceres*, *España* y *Sansón*. Aquellos pequeños buques no podían combatir en el encuentro que se avecinaba, pero al menos sus dotaciones podrían haber reforzado las defensas, aunque sólo fuera para que los cañones del arsenal no tuvieran que ser manejados por ordenanzas o asistentes.

Tampoco con éstos se agotaba la lista de buques de guerra españoles en el Pacífico: dos cañoneros estaban destacados en las lejanas Carolinas, pero en las mismas Filipinas estaban el gran cañonero *Elcano* destacado en la siempre revuelta isla de Mindanao, el transporte armado *General Álava*, diez cañoneros, tres lanchas cañoneras y cuatro más en la laguna de Lanao, en Mindanao. Salvo el primero eran demasiado pequeños para afrontar un combate regular entre escuadras, pero sus dotaciones y armamento se podían haber utilizado para armar mercantes como cruceros auxiliares, como se ha hecho en tantas ocasiones, lo que hubiera sido un refuerzo no desdeñable para Montojo, o caso de dedicarse al corso contra el tráfico mercante enemigo, hubieran sido una fuente de problemas difícil de resolver para sus atareados y poco numerosos enemigos.

De hecho, Bermejo se lo había sugerido a Montojo, pero éste alegó la falta de refuerzos para hacerlo y la necesidad de mantener el orden en el archipiélago, insistiendo en su error de no distinguir entre lo que era más urgente y decisivo y las tareas que podían esperar. Con ello de nuevo se infrutilizaron unos recursos no muy abundantes, y por querer atender simultáneamente dos misiones antagónicas se fracasó en las dos.

El combate

Entretanto la escuadra de Dewey se aproximaba, ordenándose lanzar por la borda todos los objetos de madera, incluidos muebles y hasta algún piano, pára reducir el riesgo de incendios al ser alcanzados.

Aunque se conociera la debilidad de su enemigo, y hasta tuviera noticias recientes por su cónsul en Manila de las disposiciones españolas, el marino no podía sino estar vivamente preocupado, pues como hemos dicho, al no tener bases cercanas, se lo jugaba todo en un ataque que debía coronarse con un éxito completo y sin paliativos, cosa muy difícil de obtener a poco que la defensa fuera decidida.

Tras reconocer Subic, y observar que allí no estaba la escuadra enemiga, Dewey se dirigió a las 11'30 de la noche hacia Boca Grande. Los faros y señales marítimas de la costa estaban apagados, pero al fondo se distinguían las luces de la ciudad.

Las baterías de la entrada sólo distinguieron a la escuadra atacante cuando ya franqueaba el paso, alguna hizo un par de disparos, sin consecuencias, respondidos de igual manera. Así de fácilmente fue superado el primer obstáculo, pues ninguna mina detonó. Se ha pretendido que las baterías pudieron haber hecho más, pero lo cierto es que por sí solas no podían impedir el paso, pues un decidido enemigo pronto las rebasaría, y de hecho, se habían proyectado pensando que la escuadra española estaría detrás, apoyándolas e impidiendo que la enemiga las franquease, iniciando un combate en paralelo, en el que las baterías si hubieran sido sumamente eficaces. Pero la escuadra española no estaba allí, con lo que el trabajo y los recursos empleados fueron inútiles.

Dos pequeños cañoneros vigilaban las bocas, el *Leyte* y el *Arayat*, al divisar al enemigo, retrocedieron para dar el aviso. Pero si no otra cosa, al menos los estampidos de los disparos habían ya alertado a todo el mundo.

A las cuatro de la mañana Dewey ordenó servir un café a sus dotaciones, así como que se separaran el *McCulloch* y los dos transportes, dirigiéndose con sus seis buques contra los siete españoles que le esperaban fondeados en el arsenal de Cavite.

A aquella misma hora se tocaba a zafarrancho en los buques españoles, avistando al enemigo el *Austria* tres cuartos de hora después, cuando ya empezaba a clarear.

A eso de las cinco estallaron inofensivamente dos minas por la proa del *Olympia* y poco después abrieron fuego el cañón de Punta Sangley y las baterías de Manila, aunque éstas, al estar fuera de alcance, lo suspendieron tras hacer pocos disparos.

Serían las 5'15, y a unos 6.500 metros, cuando abrió fuego la escuadra española, no respondiendo la estadounidense hasta haberse acercado a 5.000 para asegurar mejor la puntería. Creemos que estos datos bastan, si no hubiéramos dado ya otros para desmontar la leyenda de los anticuados cañones españoles que no alcanzaban al enemigo, el hecho terminante es que los buques españoles rompieron el fuego primero y a mayor distancia que sus enemigos.

Rápidamente se generalizó el combate, con la escuadra norteamericana navegando en línea y en paralelo a la española, dando un total de tres pasadas hacia el Oeste y dos hacia el Este. Las distancias oscilaron entre los cinco y dos mil metros o menos. En cuanto a la española, los dos buques averiados no podían obviamente maniobrar, y los otros cinco se limitaron a hacerlo lentamente para dificultar el fuego enemigo, pero sin un plan de conjunto.

La superioridad del fuego americano fue pronto evidente, pues como se recordará, eran 53 cañones de 203 a 127 mm, de los que 30 podían disparar simultáneamente, contra sólo 27 de 160 a 120 mm, de los que sólo 15 podían hacer fuego al mismo tiempo, aparte del cañón de 150 de Punta Sangle. Montojo decidió, utilizar el único arma que le restaba: acercarse al enemigo para torpedearlo, y eso hizo valientemente con el “Cristina”, dotado de cinco tubos, apoyado por el “Austria”, el otro único buque de la escuadra que tenía torpedos y podía navegar.

El combate duraba ya unas dos horas cuando, a eso de las 7'35, la escuadra atacante se retiró.

El hecho era insólito, pues era evidente a los ojos de todos que estaba ganando el combate, y se le han dado diversas explicaciones. La primera y menos convincente fue la del propio Dewey al afirmar que ordenó la retirada al recibir un parte de las baterías de su buque insignia que le comunicaba (erróneamente) que no quedaban municiones en la de tiro rápido más que para unos minutos de fuego.

El testimonio de uno de sus ayudantes es mucho más clarificador, por lo que merece ser reproducido por extenso:

“Cuando nos retiramos de la lucha, a las 7'30 de la mañana, Dewey se encontraba en una situación grave. Durante más de dos horas habíamos combatido a un enemigo determinado y valiente sin haber conseguido disminuir el volumen de su fuego. Es verdad que tres, por lo menos, de sus barcos están ardiendo, pero también los estaba uno de los nuestros el *Boston*. Y los incendios habían sido extinguidos sin daño visible a los buques. En general, nada importante había ocurrido que nos permitiera decir que

habíamos causado serios daños a los buques españoles. Seguían navegando detrás de Punta Sangley o en la bahía de Bacoor con la misma actividad que cuando, al amanecer, les dimos vista por primera vez. Hasta entonces nada demostraba que el enemigo fuera menos capaz de defender su posición que lo era al comienzo.”

“Por otra parte, nuestra posición había grandemente empeorado. Las municiones que quedaban en el *Olympia* no hacían posible prolongar la batalla por otras dos horas... Si se nos agotaban las municiones, podríamos ser los cazados en vez de los cazadores.”

“No exagero diciendo que cuando nos retiramos, la consternación en el puente del *Olympia* era más sombría que una niebla de noviembre en Londres”.⁴

Estas razones parecen mucho más creíbles, especialmente si como veremos, concordaban perfectamente con los hechos. Pese a su superioridad, la escuadra americana había sido incapaz en más de dos horas de aniquilar a su débil oponente, es más, tras el intenso bombardeo, la última imagen era la de dos de los buques atacando decididamente y acercándose para lanzar torpedos.

En efecto, tres de los buques españoles habían sufrido un duro castigo: el valiente *Cristina*, y los inmóviles *Castilla* y *Ulloa*, pero los tres seguían disparando cuando el enemigo se retiraba, y con un total de 5 cañones de 16 a 12 cm de los 8 que sumaban los de la banda con la que presentaban combate. El *Duero* y el *Austria*, por su parte, tenían sólo ligeras averías, y en cuanto al *Cuba* y al *Luzón*, los únicos protegidos, estaban prácticamente intactos. Para tan escasos resultados los atacantes habían consumido casi la mitad de su munición, y como atestiguaba el incendio en el *Boston* o un impacto directo en el *Baltimore*, hechos ambos observados desde los buques españoles, había sufrido también daños y averías.

En ese “impasse” del combate, la victoria la obtendría el más firme y, contando con las dudas de Dewey y la fatiga de los atacantes, si los españoles hubieran prolongado su resistencia y se hubieran negado a ceder, probablemente el resultado de la lucha hubiera sido otro muy distinto, con una retirada norteamericana pese a sufrir menos daños que los defensores.

Pero algo se había quebrado en el ánimo de Montojo que abandonó su incendiado buque insignia, trasladándose primero al *Cuba*, y luego desembarcando con su estado mayor para ser atendido de una contusión en la

⁴ APUD AZCÁRATE, Pablo de: *La Guerra del 98*. Alianza Editorial. Madrid, 1968. Pp. 79 y 80.

pierna. Ya en tierra, ordenó que los buques se retiraran tras la pequeña península que forma el arsenal, y que extremaran la resistencia si el enemigo reanudaba el ataque, zabordando los buques cuando ya no pudieran más. En los tres incendiados había comenzado ya la evacuación y la moral de la escuadra se vino abajo al verse abandonada por su jefe y ver que éste daba la partida por perdida.

Mientras Dewey, que por la humareda no podía ver bien lo que pasaba, seguía dudando y ordenó repartir el almuerzo a sus agotadas tripulaciones, sin abandonar los puestos de combate.

En el *Cristina* y *Castilla*, los incendios hasta entonces controlados, se avivaron al ser abandonados por sus dotaciones, y al no ser atajados se extendieron hasta llegar a las municiones, provocando la voladura de ambos.

Aquello decidió a Dewey, que ordenó reanudar el ataque a eso de las 11'15, mientras los descorazonados españoles tras algunos disparos, decidieron echar a pique sus restantes buques y salvar a las dotaciones. Pronto no respondieron al fuego enemigo más que los dos cañones de Punta Sangley, aunque intermitentemente.

Los buques españoles se hundieron, pero dado el poco fondo, quedaron sobre la superficie del agua como si siguieran a flote, mientras las dotaciones, refugiadas en el arsenal, tuvieron que aguantar el bombardeo sin poder responder.

Como no se podía contar con Montojo, que increíblemente se había marchado a Manila dejando a sus hombres en la estacada, el mando recayó en el jefe del arsenal, el capitán de navío de 1ª clase Enrique Sostoa, que abrumado, ordenó izar la bandera de parlamento a las 2'30 de la tarde. Ante reiteradas órdenes, los dos cañones de Punta Sangley tuvieron que cesar el fuego, su jefe el teniente de Artillería Valentín Valera, había demostrado unas cualidades poco comunes.

Los americanos se habían dedicado a quemar los buques, no ya sólo a los de la escuadra, sino todos los que estaban en el arsenal o fondeados cerca, así se perdieron junto con el *Argos* todos los documentos, planos y cartas del archipiélago conservados en el buque, mientras que el inútil *Lezo*, cargado con jarras de pólvora, estallaba con estrépito. En cuanto al trasatlántico *Isla de Mindanao*, pese a estar indefenso, fue cañoneado e incendiado, al ser abandonado por su tripulación incluso se disparó contra los botes, y aunque parezca mentira, contra los naufragos en la playa.

Mientras se discutían las condiciones de la rendición, los buques americanos anclaron tranquilamente frente al arsenal. Montojo, por su parte, ya estaba en Manila, como desentendiéndose definitivamente de su suerte, lo que tras la guerra le valió el ser sumariado y apartado del servicio.

Un juicio del combate

Llama la atención es la escasa eficacia de la artillería naval americana, que de 5.859 disparos, bastantes de ellos realizados sin oposición, cuando ya los españoles no se resistían, sólo acertaron con unos 141. Ello desmiente la leyenda posterior de su magnífico entrenamiento y preparación.

Posteriormente a la batalla, expertos estadounidenses examinaron con toda atención los cascos de los buques españoles para evaluar el efecto de unas armas que por entonces aún estaban poco probadas. El resultado del estudio fue comprobar que el *Cristina* había recibido unos 34 impactos grandes y medianos y otros siete ligeros, el *Castilla* unos 21 de los primeros y 19 ligeros, el *Ulloa* 22 y 11 ligeros, el *Austria* 6 y 7 ligeros, el *Luzón* tres medianos, el *Cuba* uno y cuatro ligeros, el *Duero* 7 y 3 ligeros y los indefensos e inútiles *Velasco*, *Lezo* y *Argos* uno medio cada uno, sin contar con los que alcanzaron al trasatlántico.

Bastantes de estos impactos se habían logrado tras ser abandonados los buques, durante el bombardeo final, por lo que fueron poco significativos, el parte del “Duero” por ejemplo, señala que el cañonero fue alcanzado al menos tres veces después de ser evacuado.

Aunque parecieran muchos, lo cierto es que no habían conseguido hundir ni a un sólo buque español, y sólo averiar gravemente a los tres primeros, perdidos luego al ser abandonados y volar.

Del resto, el *Duero* era demasiado viejo y pequeño, pero los tres cruceros *Austria*, *Cuba* y *Luzón*, tras ser reparados terminada la guerra, se incorporaron a la “US: Navy”, en la que sirvieron durante largos años, incluso conservando sus nombres españoles. El primero lo hizo hasta 1921, en que fue vendido para ser utilizado como mercante, durando hasta 1932; el segundo hasta 1912, fecha en que fue vendido a Venezuela, sirviendo en su armada hasta 1929, y el tercero hasta 1919, para llegar como mercante a 1931.

Realmente no eran tan malos y viejos como dicen las fuentes españolas, ni sufrieron tanto durante el combate.

Como se puede observar, el mayor castigo lo habían recibido el valiente *Cristina*, y los inmóviles *Castilla* y *Ulloa*.

En cuanto a las bajas humanas de la escuadra española, tanto unos como otros dieron cifras muy por encima de la realidad, pese a lo cual se repiten y agrandan sucesivamente sin que nadie se moleste en comprobarlas.

Afortunadamente se conservan listas nominales de los hombres que resultaron muertos o heridos, realizadas en 27 de Mayo y 23 de Junio, inclu-

so con correcciones individuales al conocerse el destino real de cualquiera de ellos. Se indican asimismo graduaciones, origen peninsular o indígena y hasta tipos de heridas. Estas listas tan completas, se corresponden perfectamente con los partes de los médicos navales que los atendieron, por lo que las consideramos como definitivas.

El total, sensiblemente inferior al aceptado normalmente, suma 60 muertos y 223 heridos en la escuadra, 14 muertos y 42 heridos en el arsenal, y un herido en uno de los buques inútiles.

Desglosadas por buques son muy significativas: el *Cristina* tuvo 32 muertos y 102 heridos en una dotación de 368, el *Castilla* 22 muertos y 94 heridos entre 278, el *Ulloa* 4 muertos y 5 heridos entre 37, el *Duero* 2 muertos y un herido entre 85, el *Austria* 18 heridos de 117, el *Cuba* 1 herido entre 121 hombres y el *Luzón* 1 herido entre 123 hombres. Es decir, entre los dos buques mayores y el inmóvil *Ulloa* sumaron 58 de los 60 muertos en la escuadra y 201 de los 223 heridos, lo que prueba que fueron casi los objetivos únicos del enemigo.

Aunque sí lo fuera para estos tres buques, especialmente el insignia, el porcentaje no fue aterrador para el total de la escuadra, pues implicaba 283 bajas, muchos de ellos con heridas leves, entre unos 1.144 hombres. Del conjunto, 14 muertos y 42 heridos correspondían a marineros indígenas.

Bastantes de las bajas no se produjeron en el combate propiamente dicho, sino en el bombardeo posterior. El más alto jefe muerto, D. Luis Cadarso y Rey, capitán de navío y comandante del desventurado *Cristina*, lo fue cuando dirigía la evacuación de su buque.

Aparte de los impactos en los buques ya abandonados, parece deducirse que un porcentaje de las granadas no llegaron a estallar, pues las bajas y daños hubieran sido mayores. Hechos semejantes se produjeron en los bombardeos de San Juan, Santiago y Manzanillo, y no tiene nada de extraño que se produjeran en la escuadra de Dewey.

Otra cuestión es la de que no se produjeron hundimientos por el fuego, pese al intenso castigo en tres de los buques. Cabe suponer fundadamente, que al no ser la distancia de combate muy larga, los proyectiles incidían paralelamente a la línea de flotación, con lo que es muy difícil producir vía de agua. Otra cosa es cuando los proyectiles, disparados a mayor distancia, inciden en ángulo, atravesando de arriba a abajo el buque, y provocando graves daños en las cubiertas inferiores, pañoles y máquinas que son los que suelen provocar el hundimiento.

Llama la atención en el capítulo de las bajas, las del arsenal, de las que todos los muertos y 26 de los heridos son de personal indígena. Probablemente fueran mayoría, pero también pudo suceder que murieran posterior-

mente por acción u omisión de cuidados de sus compatriotas rebeldes, que los considerarían como colaboracionistas, o que aparezcan como “muertos” algunos desertores.

En cuanto a los vencedores, anotaron 25 impactos españoles en sus barcos: 13 en el *Olympia*, 5 en el *Baltimore*, otros tantos en el *Boston* y uno en el *Raleigh* y *Petrel*, quedando intacto el *Concord*.

Por lo general se trataba de proyectiles de calibres ligeros, lo que prueba nuevamente que las distancias de combate eran perfectamente salvable por los cañones españoles. Pero no se podía esperar que los pequeños proyectiles causaran graves daños en buques grandes.

Ahora bien, que los cruceros americanos no eran invulnerables en modo alguno, lo mostró uno de los pocos impactos de 12 cm que alcanzó su objetivo. La granada, pese a no estallar, atravesó de parte a parte al *Baltimore*, el segundo buque en tamaño y protección de la escuadra, rebotó extrañamente en la cubierta protectora y volvió a atravesar el buque, saliendo por la misma banda por la que había entrado, averiando un cañón de 152 mm y otro ligero, haciendo estallar una caja de municiones de artillería ligera e hiriendo a nueve hombres, entre ellos dos oficiales. La doble trayectoria prueba además que el proyectil tenía energía más que suficiente y no estaba en el límite de su alcance. El crucero debió tener averías no bien localizadas por éste u otro de los cinco proyectiles que le alcanzaron, pues se vió desde Manila cómo era escorado por su tripulación tras el combate para efectuar reconocimientos y reparaciones, y pese a ser el último salido del dique seco de Hong Kong antes de la guerra, después de ella fue el primero en efectuar nuevas reparaciones.

El *Boston*, por su parte, recibió varios impactos en cubierta y en uno de los mástiles, que causaron un incendio a consecuencia del cual se quedó sin ningún bote utilizable.

Pero el total de blancos obtenidos por los españoles resulta algo bajo para dos horas de fuego, en las que sólo los cañones de calibre medio debieron realizar entre todos unos seiscientos disparos, incluso aunque sólo dispararan veinte tiros por pieza, cantidad inferior incluso a la que lograron disparar los buques de Cervera. Con un muy modesto 2% de blancos, hubieran obtenido un total de una docena de impactos de dicho calibre, lo que estuvieron muy lejos de conseguir, y ya hemos visto lo que podía hacer una de ellas aunque no explotara.

Las razones para esta mala puntería, pese a que en algún artículo escrito por entonces que no se basaba en datos, sino en deducciones teóricas, se defendía lo contrario, son la falta de personal adecuado, el no realizar prácticas de tiro o centrarlo con referencias antes del combate,

y también, como sabemos, el que los españoles temieron durante toda la guerra que sus enemigos no se acercarían mucho, y se valdrían de sus piezas más pesadas para bombardear fuera del alcance eficaz de los cañones españoles.

En Cavite tal hipótesis tiene una confirmación, pues los comandantes del *Duero* y del *Luzón* señalan que no abrieron fuego con sus calibres ligeros por creer que el enemigo estaba fuera de alcance. Tal vez pasó lo mismo en otros buques, aunque no lo recojan sus partes, pero es muy significativo, pues los cañones menores del *Duero* eran de 9 cm, modelo González Hontoria de 1879, con un alcance estimado de 5.000 metros. Lo sorprendente es que no notaran que tanto proyectiles ligeros españoles como norteamericanos impactaron reiteradamente en buques de las dos escuadras, como ya sabemos.

Todas estas consideraciones aparentemente áridas nos llevan a una conclusión que por nueva no nos parece menos evidente a la luz de todo lo expuesto: si la escuadra se hubiera hallado en mejor estado de mantenimiento y operatividad, más entrenada y preparada, y si hubiera dispuesto del apoyo esperable de baterías de costa y minas, resulta muy dudoso que la de Dewey hubiera obtenido la victoria, y de conseguirla, las bajas y averías en sus buques hubieran sido tales que toda la campaña posterior para el control de Manila se hubiera visto decisivamente afectada.

Esto no quiere decir que la española no sufriera incluso más bajas y daños que la atacante, pero al imponerla un triunfo costoso e incompleto, y dada la debilidad estratégica de Dewey, su situación hubiera sido seguramente insostenible en la bahía de Manila, con lo que hubiera tenido que retirarse sin poder cumplir su misión.

En cuanto a las bajas en la escuadra americana, las cosas distan de estar tan claras para nosotros como en lo referente a la española. En su primer parte Dewey sólo señaló las bajas mencionadas en el *Baltimore*, luego se supo que había algunas más en el *Olympia* y *Boston*, lo que elevaba un poco el total hasta un muerto y una docena de heridos.

Sus enemigos se negaron a creer en tales cifras, que consideraron ridículas, e intentaron obtener información de fuentes neutrales, concluyendo en que debieron estar en torno a los veinte muertos y cincuenta heridos, considerando Montojo en telegrama al nuevo ministro de Marina, Auñón, que fueron al menos de 13 muertos y 30 heridos.

El caso es difícil de resolver porque nadie ha parecido interesado en consultar las fuentes primarias americanas. Una posible solución es que tal vez se ocultaron algunas porque no parecía apropiado informar a la opinión pública americana, muy recelosa ante la aventura filipina, de que la victoria

hubiese sido costosa, y de hecho, varios periódicos americanos publicaron al principio que las bajas habían sido grandes en ambos lados.

Tal vez la solución radique en el parte de Dewey sobre bajas en su escuadra con fecha de 19 de Septiembre, cuando ya la guerra había terminado, allí se señalan 12 muertos por enfermedad, aparte los repatriados que murieron en los hospitales o en el viaje, y nada menos que 155 deserciones, unas y otras durante la campaña. Ya sabemos que muchos de los marineros no tenían la nacionalidad, y probablemente, el destino de un puñado de ellos no importara a nadie salvo si podía ensombrecer aquella tan completa victoria.

En cualquier caso no debieron de ser de mucha entidad, como tampoco lo fueron las averías sufridas por los buques.

El epílogo

Al día siguiente, 2 de mayo, Dewey comunicó a los supervivientes de la escuadra que podían salir libres y desarmados, siempre que empeñaran su palabra de honor de no volver a combatir en la presente guerra, fórmula normal en una capitulación honrosa. Pero las Ordenanzas de la Armada prohibían taxativamente aquello, por lo que Sostoa, el jefe del arsenal, comunicó que eran inaceptables.

Se reanudaron las negociaciones, hasta que se concedió, la verdad es que por pura humanidad, pues no podían hacer nada por defenderse, que salieran con armas y sin dar la palabra, pero entregando el arsenal intacto. Y así, formados en dos columnas, los supervivientes salieron del arsenal y se dirigieron a Manila, adonde llegaron a las seis de la mañana del día tres. Todavía combatirán defendiendo la ciudad durante el asedio.

Los heridos y enfermos quedaron a cargo de los vencedores, quienes faltos de fuerzas de desembarco, pasaron la responsabilidad de su custodia en parte a los rebeldes, ante las protestas de los españoles, que se temieron lo peor, aunque el trato no fue tan malo como se había temido.

Así se entregó al enemigo el arsenal prácticamente intacto, y pese a sus limitaciones, con el los atacantes consiguieron una base de la que carecían frente a Manila.

En el arsenal quedaron un buen número de piezas anticuadas o de pequeño calibre, de las que se incautaron los filipinos, que pronto las utilizaron en el asedio de Manila y otros puntos, llegando una a utilizarse contra la iglesia de Baler. Otras se utilizaron para armar los pequeños vapores de que se apoderaron los insurrectos para formar su propia escuadrilla, con la que extender la rebelión a otros puntos e islas.

Aquel mismo día tres capitularon igualmente las baterías de la entrada de la bahía, los 293 hombres que las servían inutilizaron los cañones y se volvieron a Manila, algún tiempo después lo hicieron, y sin disparar un cañonazo, las de Subic.

Por último, Dewey llegó a un convenio más menos tácito por el que las baterías de Manila no le hostigarían, y su escuadra no bombardearía la ciudad para lograr su rendición.

Todo aquello logró el comodoro tras un combate de dos horas, del que se retiró creyendo que lo estaba perdiendo o poco menos, tras averiar sólo a tres de los siete buques que se le enfrentaban. El resto de los éxitos se los proporcionó no su fuerza o estrategia, sino el derrotismo y la pasividad de sus enemigos. Con tan pequeño esfuerzo había eliminado no sólo la escuadra enemiga y se había apoderado de una vital base, sino que había suprimido las baterías de Corregidor y de Subic, mientras neutralizaba las de Manila. Así había eliminado de un golpe todas las defensas marítimas del enemigo y situado a la capital bajo la amenaza constante de sus cañones, aislándola del resto del archipiélago y de España, incluso cortando el cable submarino que la unía a Hong Kong.

De hecho parecía como si ya sólo fuera una cuestión de puro trámite el conseguir la rendición de Manila y con ella, la de las guarniciones españolas de todo el área, la de esperar la llegada de las tropas de tierra que tomasen posesión formal de aquellas tierras.

La importancia del golpe no era sólo material, con ser importante, lo peor era la moral: lo malo no era que se hubiese perdido una batalla, lo malo era como se había producido la derrota.

Ya era malo el que no se hubiesen recibido de la metrópolis los prometidos y ansiados refuerzos, pero era mucho peor que los recursos de que se disponía, que si no eran los deseables bien pudieron haber sido los suficientes, se dilapidaron de tal manera que no sólo no pudieron alterar el resultado del combate, sino que se entregaron al enemigo en muchas ocasiones sin apenas lucha o cuando aún se hubiera podido prolongar, no por alarde vano de valor, sino porque con esa resistencia se estrechaban los muy escuetos márgenes operativos en que se movía el enemigo.

Pero Cavite tuvo unas mucho mayores repercusiones: era el primer combate serio de la guerra, y a los pocos días de empezada ésta uno de los contendientes se apuntaba un éxito tan contundente como decisivo, y a un precio, pese a lo que hemos dicho sobre las bajas, en cualquier caso casi ilusorio. Por todo ello las repercusiones de Cavite en el orden moral, material y estratégico fueron muy grandes, condicionando campañas que tuvieron lugar en lugares muy alejados.

En los EE.UU. se desbordó el entusiasmo, y pocos días después, el 10 de Mayo, Dewey era ascendido a almirante, grado que en una república tan tradicionalmente recelosa con todo lo militar se concedía en muy contadas y señaladas ocasiones.

Por el contrario en España la noticia causó no ya dolor, sino estupor, pues parecía imposible que algo así hubiera ocurrido, y aunque se ignorasen muchas de las circunstancias, el resultado a grandes rasgos era elocuente. La poco sólida confianza y moral de lucha recibió un duro embate del que ya apenas se recuperaría antes de recibir otros aún más demoledores.

Realmente la fortuna sonrió a los audaces, pues lo cierto es que la planificación estratégica norteamericana fue muy deficiente y hasta nula en algunos aspectos, aparte de los ya mencionados, lo que convertía el ataque de Dewey en una empresa absolutamente temeraria ante un enemigo medianamente preparado y decidido.

Pero hay más: la escuadra de Dewey no recibió ningún refuerzo, municiones, repuestos, combustible o tropas de desembarco durante dos meses, y fue imposible mandárselos antes. Durante todo este tiempo, como veremos, la escuadra tuvo que depender de suministros conseguidos de forma irregular o hasta ilegal, aparte de los que obtuvo como botín de sus enemigos.

La pérdida de Filipinas

Para colmo de males, y en aquella crítica coyuntura, se produjo el relevo en la Capitanía General de Filipinas de Primo de Rivera, quien no había sabido conjurar el desastre, por D. Basilio Agustín, quien carecía de la experiencia necesaria sobre el archipiélago.

Tras la derrota de Cavite, Manila pareció estar tan consternada que fuera incapaz de una reacción positiva, mientras la población abandonaba la ciudad temiendo un bombardeo de la escuadra americana, entre los refugiados se hallaba la familia del nuevo Capitán General, lo que dió ejemplo a otros.

Curiosamente, y cuando en Madrid se tuvo conciencia de la desesperada situación de Manila, se resucitó la idea de que la escuadra de Cervera fuera a Filipinas, siendo como era muy superior a la de Dewey. Así lo decía el Ministro de la Guerra, general Correa al Capitán General de Cuba, Blanco, en telegrama de 3 de junio:

“La situación muy seria de Filipinas nos obliga a mandar allí buques y refuerzos de tropas tan pronto como sea posible. Con objeto de poder con-

tender con la escuadra del enemigo en Manila, será indispensable mandar allí una escuadra que no sea inferior. Ahora hay aquí sólo dos buques de guerra, y uno de ellos creo que no puede pasar el canal (de Suez). La única cosa que podemos hacer es enviar allí todos los barcos de la escuadra de Cervera que puedan salir de Santiago, pero antes de adoptar una resolución en este sentido, el gobierno desea conocer su opinión con respecto al efecto que podría producir ésto en el pueblo de Cuba, (es decir) la retirada de la escuadra de Cervera. Este movimiento sería sólo temporal, y una vez conseguido el objeto en Filipinas, la escuadra volvería a Cuba sin pérdida de tiempo y fuertemente reforzada.”

Por supuesto que Blanco, que ya había considerado imprescindible la escuadra de Cervera para la defensa de Cuba, contestó que su retirada causaría un “funesto efecto”, temiendo una sublevación de los voluntarios y un gran malestar en el Ejército, considerándose los unos y el otro abandonados a su suerte.

La discusión era ya puramente académica, pues la escuadra de Cervera estaba bloqueada en Santiago desde el 29 de Mayo, y si ya resultaba poco creíble que pudiera escapar de tan difícil situación, al menos sin graves pérdidas, aún más lo era esperar que tras el duro combate, los buques supervivientes estuvieran en condiciones de realizar la larga travesía de vuelta a España, y de allí a Filipinas, donde deberían reñir otro combate decisivo, ganarlo y volver al Caribe después.

El asedio de Manila

Las únicas medidas para la guerra terrestre tomadas con anterioridad al desastre de Cavite fueron la movilización forzosa de todos los españoles útiles residentes en el archipiélago el 23 de Abril, medida más simbólica que real, dados su escaso número y sus cargos, y la de voluntarios extranjeros residentes, más para actuar como policía local en caso de incidentes con los indígenas que como fuerza militar efectiva.

Históricamente las Filipinas habían permanecido en manos españolas a despecho de ataques de piratas chinos o japoneses, o de escuadras regulares holandesas o británicas, más por el apoyo de la población indígena de Luzón que por los escasos recursos militares españoles en la zona.

Indudablemente los tiempos habían cambiado, pero Agustín creyó que bien valía la pena probar, por ello emitió el 4 de Mayo una serie de decretos que en otras circunstancias bien pudieran haber sido decisivos:

El primero creaba la “Asamblea Consultiva Filipina”, un órgano asesor del Capitán General, al que podría proponer las reformas en el régimen político y administrativo que se estimaran necesarias, “siempre que no invadiera las funciones de otros organismos ni infrinja las leyes”.⁵

La composición de la Asamblea no era tampoco muy revolucionaria, pues estaría presidida por el Capitán General, y serían vocales natos el Jefe de Estado Mayor, el Auditor General, el gobernador civil y el alcalde de Manila, nada menos que un caballero Gran Cruz representado a los de su clase, el Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País y el de la Cámara de Comercio. Aparte de tales “consejeros natos”, habría otros 20 elegidos por el Capitán General, lo que no parece tampoco muy peligroso.

Pero la muy tímida reforma apenas pasó del papel, pues apenas reunida y cuando se debatía su reglamento de régimen interno, afloraron los deseos autonomistas e incluso independentistas de algunos consejeros filipinos, siempre dentro de una estrecha unión y alianza con España, y se decidió que aquello era demasiado peligroso. Entre los consejeros filipinos destacó D. Pedro Alejandro Paterno, que había sido mediador en el acuerdo de Biac na Bató, y que luego figuraría en la efímera república independiente proclamada aquel mismo año.

El otro decreto creaba las milicias voluntarias de indígenas, para las que se aceptaría a hombres entre 18 y 50 años, aptos físicamente y sin antecedentes penales. Para animar al alistamiento se concedían ventajas usuales como grados militares, pensiones por heridas o fallecimiento, exención del servicio militar regular y paga, así como otras muy definitorias del carácter de la colonización española, como eran la concesión de tierras de “realengo” y la exención del trabajo personal gratuito.

En un primer momento la respuesta fue favorable, pues para muchos filipinos todavía se trataba de una guerra contra un desconocido invasor, al que las autoridades religiosas no cesaban de presentar con las más sombrías tintas y recalcar su protestantismo.

Pero la ausencia de reformas y la llegada de Aguinaldo con sus ayudantes y otros jefes a bordo del *McCulloch* el 24 de Mayo hizo cambiar radicalmente la situación, y ante las proclamas del líder independentista, los recién alistados decidieron cambiar de bando, mientras cundía la desertión entre las tropas regulares indígenas. Ya no se trataba de luchar contra un invasor, sino de aprovechar la ocasión para lograr la independencia, y desde luego, era ingenuo creer que con tan escasas concesiones y arengas se lo-

⁵ Cfr en RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A.R.: *La caída de Manila*. Estudios en torno a un informe consular, Asociación Española de Estudios del Pacífico. Madrid, 2000.

grara la adhesión de una población que ya había demostrado claramente sus deseos de emancipación. Parece como, si en tal tesitura, los españoles del archipiélago prefirieran el mantenimiento del orden colonial aunque fuera bajo otra bandera, que el poner en grave riesgo ese orden con reformas para atraerse la voluntad popular.

Favorecía además la rebelión el hecho obvio de que España se hubiera quedado sin la escuadra necesaria para el control del archipiélago, y el contar con las armas y provisiones suministradas por los americanos, las incautadas a los españoles en Cavite y otros puntos y las que llegaron por uno u otro camino.

Aguinaldo era natural de Cavite, provincia que siempre había sido la cuna de la insurrección y allí pronto se sumó al desastre naval uno terrestre: guarnecían el territorio unos 2.800 hombres al mando del general Peña, aislados en destacamentos y en mala situación, faltos de provisiones y municiones y pronto aislados de la capital, pese a la cercanía.

Los aislados puestos no tardaron en ir cayendo uno a uno en manos de los rebeldes, entre ellas dos compañías de Infantería de Marina al mando del comandante Pazos, que murió en el combate. Las dos únicas y débiles columnas de 500 hombres cada una, al mando de los tenientes coroneles Soro y Hernández, enviadas desde Manila en su socorro fueron rechazadas por los rebeldes, que así lograron su primera gran victoria, con un importante número de prisioneros y de armas capturadas. La serie de combates se prolongó hasta el 8 de Junio, fecha en que se rindió el general Peña con su estado mayor.

El mando español no intentó reconcentrar las tropas en algunos puntos, incluida Manila, ni realizar operaciones ofensivas contra los insurrectos para evitar su consolidación como fuerza armada antes de que fueran un enemigo irresistible. En vez de ello continuó con la vana idea de intentar controlar todo Luzón, manteniendo numerosas guarniciones en diversos puntos, que no tardaron en ser a su vez aisladas primero por los rebeldes y cercadas después, cayendo consecutivamente sin poderse prestar apoyo mutuo ni intentar apenas nada más que la defensa pasiva. Y para ello no faltaban recursos, pues aparte de las tropas indígenas que seguían fieles todavía había casi 30.000 militares españoles en las islas.

Mientras tanto, los problemas logísticos de Dewey eran enormes, y ante la falta de carbón y de toda clase de provisiones, se decidió a asaltar los buques neutrales fondeados en la bahía, especialmente los británicos, que, como era de esperar, ni ofrecieron resistencia ni hicieron grandes aspavientos. Otros buques neutrales le llevaron las provisiones de todo tipo que necesitaba.

Buques de guerra alemanes, franceses, japoneses, rusos y británicos se situaron en la bahía, con el pretexto de proteger a sus súbditos, y de paso ver si podrían obtener algo en la rebatiña, especialmente los alemanes. Muchos civiles, temiendo la entrada de los sublevados, buscaron refugio en ellos, tras haber vuelto a la capital huyendo de la revuelta indígena.

Otro desastre, se produjo cuando el general Monet, jefe de la región Centro y Norte de Luzón, comenzó una retirada en constante lucha con los insurrectos. Tras pasar por San Fernando, la columna de 700 soldados, con 50 heridos y numerosos civiles, entre los que se encontraba la familia de Augustín, embarcaron en el cañonero *Leyte* varias lanchas y algunos pontones, esperando llegar por el río Pasig a Manila.

Lo desagradable del asunto es que Monet y sus ayudantes, vestidos de paisano y la familia de Augustín se adelantaron, llegando a Manila sin problemas, mientras que el *Leyte* quedaba atrás, remolcando las atestadas gabarras.

El cañonero, mandado por cierto por un hermano de Isaac Peral, se adelantó para parlamentar con la escuadra americana, pero Dewey, haciendo caso omiso de leyes y convenciones, apresó al cañonero, mientras las gabarras derivaron por una tormenta y fueron apresadas por los insurrectos.

Atrás quedaban zabordados el cañonero *Arayat* y la lancha *España*, mientras que los filipinos se apoderaron mucho después de las aisladas *Otá-lora* y *Oceanía*, en Santa Cruz de la Laguna, población con la guarnición del 12º de Cazadores, una sección de la Guardia Civil y una compañía de voluntarios, que tras resistir más que la capital tuvo al fin que capitular a primeros de septiembre tras un asedio épico desde primeros de junio.⁶

Desde el 1 de junio las tropas de Aguinaldo rodeaban la ciudad, atacando sus fortificaciones exteriores, constituidas por una línea de 15 blocaos, separados entre sí por un kilómetro y parapetos de sacos terreros, pues el bajo y húmedo terreno impedía excavar trincheras.

El circuito defensivo abarcaba así quince kilómetros, distancia demasiado grande para ser defendida efectivamente por la guarnición, que con las dotaciones sobrevivientes de Cavite, Guardia Civil y otros, apenas llegaba a los 9.000 hombres, de los que unos 6.800 guarnecían la línea y el resto aseguraba el orden en la ciudad, cubría las baterías costeras y constituía una débil fuerza de reserva para acudir a los puntos amenazados. Pero, al menos entre la línea y la ciudad se hallaban una serie de poblaciones y barrios extremos de Manila que podían convertirse en otros tantos reductos.

⁶ RÍO, Antonio del: *Sitio y rendición de Santa Cruz de la Laguna, suerte de la colonia*. Imp. del Diario de Manila. Manila, 1899.

Los ataques contra Manila empezaron el día 5 de Junio, con el apoyo de los cañones incautados en el arsenal de Cavite y otros pequeños, de manufactura local y de avancarga, las “lantacas”. Pese a que la artillería de campaña española no era mejor que en Santiago, constituyó la base de la defensa, cerrando con su fuego los muchos espacios abiertos en las defensas.

El general filipino Montenegro atacó con sus fuerzas Santolán, donde estaban los depósitos de agua que surtían a la ciudad, aunque vió rechazado su ataque, la guarnición quedó en tal situación que se decidió retirarla. El alcalde de Manila Sr del Saz Orozco, solicitó que dejaran continuar el suministro, a lo que se negaron arguyendo su importancia militar para asegurar la rendición de la plaza. Gracias a otros depósitos, pozos y aljibes que recogían la de lluvia y al Pasig, la ciudad pudo subsanar en parte la pérdida.

Peor era la situación alimenticia, pues pronto faltaron la harina y el vino, alimentos básicos de los europeos, aunque no el arroz y la carne de carabao, propios de los indígenas. Pese a draconianos bandos, no se pudo evitar ni la escasez, ni el alza de precios ni el acaparamiento.

Los combates seguían en las líneas de defensa, especialmente en los blocaos nº 14 y 15, y aunque los ataques eran rechazados, las bajas, la tensión y el cansancio, unidos a la larga exposición al sol y a la lluvia, con el suelo constantemente embarrado, iban minando junto con las enfermedades, la capacidad de las tropas. A ello se unía la continua desertión de unidades indígenas, incluso de carabineros, tras matar a sus mandos. Pese a ello, y hasta el último momento, hubo filipinos que lucharon en las tropas españolas.

El 12 de Junio se proclamó oficialmente el nacimiento de la República de Filipinas en Cavite, con grandes festejos y celebraciones. Pero las invitaciones enviadas a las autoridades de otros países, incluso a las de los EE.UU, sólo recibieron el silencio, pues en la época del Imperialismo no se podía concebir la autodeterminación de una ex-colonia asiática, sólo el que cambiara de manos. Y ni siquiera el Japón Meiji, que pese a la afinidad racial, tenía gran interés por heredar en todo o en parte el dominio español, dió su reconocimiento al nuevo y efímero estado.

Mientras, y con gran retraso, empezaban a llegar las tropas de tierra americanas para decidir la contienda, al mando de Wesley Merritt. El 30 de junio llegaron los 2.500 hombres del general Anderson, el 17 de Julio, Greene con otros 3.800 y el 26 de Julio McArthur con otros 4.800, pocos de ellos eran regulares.

Con ellos llegaron municiones, carbón y repuestos para los buques de Dewey, y de refuerzo el crucero protegido *Charleston* y los monitores *Monterey* y *Monadnock* que tuvieron que atravesar el Pacífico remolcados por los transportes de tropas.

De paso, el crucero y la primera expedición se dirigieron a Guam en las Marianas, para tomar posesión de la isla como punto imprescindible de carboneo. Tras un bombardeo, los americanos observaron incrédulos que una pequeña lancha salía a su encuentro, y un oficial español, tras saltar a cubierta, se disculpaba por no tener cañones con los que devolver lo que creían salvas de saludo. La anécdota prueba el aislamiento y la debilidad de las pequeñas guarniciones españolas en el área, pero también la pésima puntería de sus enemigos.

Los “vencedores” de tal “combate” hicieron prisioneros a los militares españoles y siguieron hacia Manila sin dejar allí guarnición alguna, lo que permitió que poco después algunos funcionarios civiles arbolasen de nuevo la bandera española, hecho que al no estar respaldado por la fuerza, careció de valor en las negociaciones posteriores, pero honró a quien lo hizo.⁷

La llegada de las tropas norteamericanas, más que para asegurar un triunfo ya claro, se realizó para no tener que depender de las tropas de Aguinaldo, pues, aunque todavía no confesados, los propósitos eran de apoderarse de las islas, si bien se disimularían todavía un poco ante la comunidad internacional, y ante la opinión pública de su país, preparada para una guerra de “liberación” de Cuba, no para una expansión imperialista en Filipinas completada, aprovechando el tirón del éxito, con la anexión de las Hawaii y de otras islas, en aquellos mismos días.

Por razones distintas, pero fácilmente comprensibles, los españoles tampoco deseaban que las tropas de Aguinaldo tomaran Manila, al temerse represalias de los indígenas, por lo que ambos contendientes estaban al menos de acuerdo en algo.

Sólo el 22 de Julio empezaron a entrar en combate las tropas desembarcadas, mientras, el 5 de Agosto, Agustín era relevado por su segundo, Jaúdenes como Capitán General del archipiélago.

El 7 de Agosto Dewey y Merritt intimaron la rendición de la plaza en 48 horas. Tras algún aplazamiento debido a la mediación de los cónsules extranjeros, el ataque combinado de la escuadra y del ejército comenzó al alba del 13 de Agosto. Los españoles apenas ofrecieron resistencia y se retiraron en mayor o menor orden hacia el casco de la ciudad, firmándose la capitulación oficial al día siguiente, el 14.

El total de muertos y heridos españoles en todo el asedio de Manila fue de sólo unos 300 hombres, aparte de los enfermos, cifra moderada recordando que la guarnición española excedía de los 9.000 hombres.

⁷ CASTAÑEDA, Vicente: *Documentos referentes a las islas Marianas*. Madrid, 1950.

Los americanos sufrieron un total de 17 muertos y 106 heridos, así como otros 63 muertos por enfermedad. Con mucho las bajas más serias debieron ser las de las tropas de Aguinaldo, duramente probadas en sus sucesivos ataques, pero no conocemos datos fiables sobre la cuestión.

Hubo entre los españoles, sin embargo, quien consideró que su deber le obligaba a más. Entre ellos destaca la figura de un simple teniente de infantería procedente de la clase de tropa, D. Faustino Ovide González. Este oficial, destinado a las Filipinas en 1895 se había ganado ya cuatro Cruces al Mérito Militar rojas por sus servicios durante la insurrección anterior. En aquellas operaciones se distinguió especialmente por su valor personal, siendo herido en una ocasión y tomando en otra al enemigo un cañón y una ametralladora, aparte de causarle grandes bajas en proporción a las fuerzas enfrentadas.

La quinta Cruz, ya pensionada, la ganó durante el asedio de Manila, obteniendo posteriormente la de María Cristina al substituir al jefe herido del blocao nº 14, y rechazar personalmente el 18 de Julio un asalto de los insurrectos a aquella tan comprometida posición.

El 13 de Agosto, y como la retirada en su sector fuera precipitada y diera origen a confusión, se le mandó con su sección de 30 hombres a recuperar una trinchera abandonada poco antes, desde la que cubriría la retirada de las demás fuerzas. Al avanzar, la encontró ocupada por tropas americanas, sin embargo la tomó al asalto con fuertes bajas entre sus enemigos y la defendió hasta verse aislado, retrocediendo luego sin dejar de combatir, y pese a estar herido de un rebote de bala en la boca, hasta las inmediaciones de la ciudad, donde se le ordenó que cesara la resistencia, pues hacía ya tiempo que Manila había capitulado.

Al heroico oficial le rindieron honores las tropas del general Greene, quien le felicitó por su conducta, siendo posteriormente recompensado con la Gran Cruz de Carlos III. El hecho, generalmente olvidado, consta oficialmente en su historial personal conservado en el Archivo Militar de Segovia, así como que llegó a teniente coronel pese a sus modestos inicios.

La capitulación fue con todos los honores, y tras depositar sus armas, aunque los oficiales pudieron conservar las suyas de cinto, todos quedaron en libertad, esperando la repatriación.

Pero la guerra seguía en otros puntos del archipiélago entre filipinos y españoles, unos por liberar todos los territorios posibles, los otros porque, perdido Luzón, confiaban al menos salvar el resto del archipiélago, puesto ahora abajo el mando del general Ríos, que tuvo todavía que luchar y ganar muchos combates en las Visayas, hasta que en 20 de diciembre, y ante las presiones americanas en la Conferencia de Paz en París, amenazando con volver a la guerra si España no renunciaba a todo el archipiélago, hubo que

abandonarlo por entero, siendo los últimos mandos en ser evacuados los generales Huertas de Joló y Montero de Mindanao.

El total de personal militar evacuado fue de más de 26.000 hombres, buena parte de los cuales habían caído prisioneros en manos de los filipinos, especialmente en Luzón, y aunque no faltaron las barbaridades, lo cierto es que no hubo venganzas o maltratos generalizados, a no ser que se entienda por ello el ofrecer unas condiciones de vivienda y comida que no eran muy diferentes de las verdaderamente espartanas de los naturales.

Otras operaciones navales

Los buques de Dewey apenas salieron de la bahía de Manila, pero los filipinos se apoderaron de toda clase de buques, incluidos los *Compañía de Filipinas*, *Taaleño*, *Balayán*, *Taal*, *Bulusán*, *Concepción* y otros vapores, así como de numerosos veleros, artillándolos con pequeños cañones de 7 y 8 cm. encontrados en Cavite y con los que se dedicaron a extender la rebelión en la misma Luzón y en el resto de las islas.

Tales buques, al no ser de ningún estado legalmente reconocido, eran técnicamente piratas, pero los buques de guerra neutrales los dejaron hacer por no indisponerse con sus protectores estadounidenses.

El caso del *Compañía de Filipinas*, especialmente, dio que hablar, se trataba de un buque de la Compañía General de Tabacos de Filipinas, cuya tripulación indígena se amotinó el 3 de Julio, matando a sus oficiales, y poniéndose al mando del 2º maquinista, un cubano llamado Vicente Catalá. Tras arbolar la bandera insurrecta, se dirigió a Cavite, donde se armó con los cañones del *Marqués del Duero*, dedicándose después a llevar expediciones a otras islas hasta que agotó el carbón.

Pero quedaban aún buques de guerra españoles en el Pacífico, los colocados al mando del Capitán de Navío D. José Ferrer y Pérez de las Cuevas, jefe de la División Naval del Sur, que incluían el transporte armado *Álava* que, con sus casi 1.000 toneladas era el insignia, el cañonero *Elcano* de poco más de 500, otros nueve, más pequeños, y tres lanchas cañoneras.

El *Elcano* apresó a finales de Abril a la fragata mercante *Saranac* con carbón para Dewey. Era realmente el único buque de la escuadrilla con una cierta entidad para afrontar un combate naval.

El resto eran cañoneros de casco de hierro construidos en el astillero de Whanpoa de Hong Kong o en Cavite entre 1885 y 1888 en diversas series, los mayores de 202 toneladas, los menores de unas 142, con 120-275 cv en sus máquinas y poco más de 10 nudos de velocidad en el mejor de los

casos, armados con un cañón de 9 cm y dos ametralladoras, aumentado en algunos de ellos con otro de 7 cm y una ametralladora más. Casi la totalidad de sus dotaciones eran filipinos, salvo la plana mayor del buque, compuesta por el comandante, condestable y contraamaestre y tres maquinistas. Se trataba de los *Calamianes*, *Paragua*, *Samar*, *Mindoro*, *Panay*, *Mariveles*, *Pampanga*, *Albay* y *Manileño*.

Las lanchas eran algo más viejas, de unas 43 toneladas, siete nudos y armadas con un cañón de 7 cm y una ametralladora. Eran las *Basco*, *Gardoquí* y *Urdaneta*.

Aparte de ello se podía disponer de los pequeños destacamentos de Infantería de Marina de las diversas Estaciones Navales repartidas por las islas, así como de algunas pequeñas piezas de artillería y otros elementos.

Poco se podía esperar de aquellas fuerzas, pero Ferrer, de forma muy distinta a su superior Montojo, dispuso todo en su base de La Isabela esperando un ataque, fondeando minas y emplazando hasta 11 pequeños cañones para defender su base. Asimismo, y sacrificando lo menos importante a lo fundamental, decidió zamborpear las cuatro lanchas cañoneras que prestaban servicio en la laguna de Lanao, en la rebelde Mindanao, reforzando con sus hombres y armas el transporte *Álava*, que incrementó su artillado original de dos piezas de 7 cm y dos ametralladoras de 11 mm, con dos de 42 mm, dos ametralladoras de 25 mm y 4 más de 11 mm, montando finalmente un cañón más de 9 cm, lo que le convertía en un pequeño crucero auxiliar, insignia de la pequeña flotilla.

Al comprobar que los norteamericanos no salían de Manila, los pequeños buques empezaron a dar caza a los buques filipinos hundiendo o apresando a muchos, a auxiliar a los pequeños y aislados puestos militares y a llevarles provisiones o la posibilidad de evacuación, combatiendo siempre y siendo unos auxiliares a menudo decisivos para las tropas del general Ríos. Ferrer agregó a su escuadrilla al vapor mercante *Churruca* como transporte.

Tal campaña se efectuó con buques cuya dotación, salvo los mandos, era de marineros filipinos, sin noticias, repuestos y municiones, quemando leña para las calderas ante la falta de carbón y en las peores condiciones imaginables. Teniendo en cuenta que sus enemigos llevaban el mismo armamento y eran a menudo más grandes, sus victorias no dejaron de tener mérito.

En la escuadrilla destacó el cañonero *Pampanga*, que apresó un velero y la lancha de vapor *Cambuilao*, mientras que la escuadrilla reunida echaba a pique al *Bulusán*, apresaba la lancha *Nueva Esperanza*, el velero *Iris de Paz* y otros.

Tras tan valerosa como tenaz labor, y ante la evacuación española del archipiélago, se liquidaron las armas y materiales militares españoles exis-

tentes en el archipiélago, vendiéndolas, por medio de intermediarios, a los propios estadounidenses, pues con el nuevo año había comenzado la guerra entre ellos y los filipinos.

Los 13 cañoneros se fondearon en Zamboanga (Mindanao) haciéndose cargo de ellos los intermediarios que esperaban al crucero americano *Petrel* que los convoyaría hasta Cavite, y tras las reparaciones oportunas, ser incorporados a la “US Navy”. Pero anticipándose, los filipinos se apoderaron por la fuerza de los buques y los condujeron a lugar seguro. No quedaban ya allí más que tres oficiales de la Armada y unos cuantos soldados del Ejército, pues las dotaciones ya habían sido licenciadas, pero temiendo lo peor, que los estadounidenses sospecharan de la buena fe de los españoles, el teniente de navío Cano y Puente, con veinte soldados embarcados en un bote, recuperó a cuatro en el mismo Zamboanga, y con ellos, el capitán de fragata Pascual de Bonanza y el teniente de navío Quintas, con otros 40 soldados, recuperaron al poco el resto, entregando de todos ellos poco después al *Petrel*.

Pese a ello, tales buques han aparecido regularmente en todos los anuarios navales americanos como apresados por su escuadra, cuando lo cierto, es que ya vendidos, fueron recuperados por el arrojío y el honor personal de unos hombres que, en Abril de 1899, nada tenían que hacer allí oficialmente.

Ferrer llegó a solicitar la Cruz de San Fernando para sus subordinados, cosa que se les regateó, debiéndose conformar con simples Cruces del Mérito Naval.

El transporte *Alava* siguió en la brecha, arbolando la última insignia española en el Pacífico acudió a las aisladas Carolinas, cuya venta y traspaso a Alemania ya se había decidido.

Allí los cañoneros *Quirós* y *Villalobos* pese a estar completamente aislados y carecer hasta de víveres apresaron en julio al pailebot estadounidense *Tulenkam*, que entró en Ponapé con carga general, para después tener que contener una dura rebelión de los indígenas.

Al final aquellos tres también fueron vendidos a la US Navy, añadiéndose a los otros trece, por un total cercano a los dos millones y medio de pesetas, siendo así útiles hasta el final a la nación que los construyó. En la “US Navy” sirvieron todavía durante largos años, conservando sus nombres.

La fallida expedición de Cámara

Debemos volver hacia atrás en el tiempo hasta Junio del 98, para centrarnos en la “Escuadra de Reserva” mandada por el contraalmirante Cámara. En un principio se pensó en enviarla en apoyo de Cervera, proyectando

un ataque “corsario” contra las costas y el tráfico marítimo estadounidense en el Atlántico. Pero vetada la campaña corsaria por la actitud británica, ante los problemas que causaría en el tráfico marítimo mundial y ante la desesperada situación de las Filipinas, el Gobierno español decidió a primeros de junio enviarla al Pacífico.

La componían los dos mayores buques de guerra españoles, recién regresados de Francia donde estaban en obras: de modernización el acorazado *Pelayo* y terminándolas el gran crucero *Carlos V*, aparte de dos cruceros auxiliares de la Armada, el *Patriota* y *Rápido*, el de la Trasatlántica *Buenos Aires* y varios transportes y carboneros de la misma compañía. Dos de ellos llevarían la fuerza de desembarco, y otros cinco servirían como carboneros.

Además se le añadieron los tres destructores entregados con retraso por la industria británica, sólo a efectos propagandísticos y hasta Suez, pues los pequeños buques no podían efectuar la larga travesía.

Otros cuatro buques, aunque saldrían con la escuadra, para dar mayor sensación de potencia, no la acompañarían: dos se quedarían en aguas españolas como patrulleros, el “Giralda” y el “Joaquín del Piélagos”, y los otros dos irían, extrañamente sin ningún armamento, al Caribe con provisiones y municiones, se trataba del “Antonio López” y del “Alfonso XII”.

Así que de todos los buques congregados y que zarparon el 16 de Junio de Cádiz, sólo los dos de guerra, tres cruceros auxiliares, dos transportes de tropas y algún carbonero llegarían según los planes al archipiélago filipino.

En cuanto a la potencia combativa de la escuadra, tema sobre el que tanto se ha debatido, podemos decir que, si bien lejos de lo deseable, era muy considerable: sólo ente el *Pelayo* y el *Carlos V* sumaban las 19.000 toneladas de los seis buques de Dewey, y su velocidad de 16 nudos era superior a la de dos buques americanos, que o quedarían retrasados siendo fácilmente cazados, o retrasarían a toda la escuadra.

Los blindajes de los españoles, especialmente en el acorazado, les defendían de casi todos los cañones enemigos, excepto los de mayor calibre. Su armamento, con cañones pesados era muy superior: 2x 320 mm y 4x280, una de cuyas granadas bastaría para averiar seriamente a cualquier buque de Dewey, otros 25 de 16 a 10 cm, 37 piezas ligeras y 12 tubos lanzatorpedos. Los tres cruceros auxiliares, aunque poco aptos para combates regulares, sumaban la nada desdeñable artillería de 16 piezas de 15 a 12 cm, 6 de 9 cm y 20 ligeras.

No faltaban los problemas, dada la precipitada puesta a punto de los dos buques de guerra, por ejemplo, a las dos torres de 28 cm. del *Carlos V* no se le había podido instalar en Francia la tracción eléctrica, por lo que se debían mover manualmente, pero lo peor eran las dotaciones poco adiestradas.

Por ello mismo, incluso en los *Patriota* y *Rápido*, pertenecientes a la Armada y no a la Trasatlántica sus dotaciones debieron ser completadas por personal de la compañía, que formaba lógicamente la mayoría de las dotaciones de los otros buques, los transportes y carboneros, quejándose Cámara de su escaso espíritu militar.

En cuanto a las tropas de desembarco, llama la atención su escasa cuantía, pues se reducían a un batallón de Infantería del regimiento de Burgos nº5 y a otro de Infantería de Marina, totalizando unos dos mil hombres.

Abiertas sus instrucciones, en sobre sellado, Cámara pudo saber, si es que no le había adelantado ya el nuevo ministro de Marina, Auñón, el destino de su escuadra, que se quiso mantener en secreto para dejar al enemigo en la incertidumbre de si se dirigía al Caribe a apoyar a Cervera, a Filipinas o con cualquier otro destino.

Se trataba de llegar al archipiélago filipino, pero no directamente a Manila y allí afrontar un combate decisivo, sino a Joló o Mindanao, afianzar en el sur del archipiélago la dominación española, para luego, tras comunicar con la capital, intentar su liberación, según las condiciones imperantes.

Como la travesía durará al menos un mes y se desconoce la situación para entonces de Filipinas, las órdenes dejaban plena libertad a Cámara, esperándolo todo de su celo, valor e inteligencia, ya que los medios puestos a su disposición no son los más adecuados, evitando siempre el sacrificio inútil de la escuadra y afrontando el combate sólo cuando el enemigo se encuentre en inferioridad.

Pero el primer problema residía en llegar hasta allí, lo que no era serio para el *Carlos V* y los auxiliares, pero sí para el buque más potente de la escuadra, el acorazado *Pelayo*, que tenía la corta autonomía propia de los buques de su clase, así como que el transbordo del combustible en mar abierto era lento y dificultoso, por lo que se dependía de escalas en puertos neutrales.

Estas escalas no abundaban en el trayecto, y eran de esperar dificultades para conseguirlas. Italia las había concedido en los puertos eritreos y adquirir allí carbón de compañías particulares, aunque no del estado, y mayores facilidades se esperaban en los puertos de las posesiones francesas y en los del reino de Siam, que los había ofrecido sin trabas.

La cuestión era que las decisivas etapas del paso del Canal de Suez y de la travesía del Índico estarían bajo el control británico, que ya había dado sobradas muestras de parcialidad en la guerra. Y las reglas que había dado el gobierno británico sobre estancias en puertos para carbonear y de la adquisición de carbón en ellos eran bastante restrictivas: sólo 24 horas y al carbón necesario para llegar a la base propia más cercana.

Su aplicación estricta no podía sino favorecer a los EE.UU. y perjudicar a España. En efecto no sólo el carbón nacional no servía para usos navales, sino que dadas las distancias que la separaban de sus amenazadas colonias, España dependía vitalmente de esas escalas. Para los americanos, operando cerca de sus costas en el Caribe, o con Dewey ya fondeado en Manila, tales restricciones eran inoperantes.

El *Pelayo* no hacía sino agravar la cuestión por sus características. El pesado barco tenía un gran calado como todos los acorazados, lo que le hacía difícil pasar el canal de Suez, cuando el buque se encargó a Francia en la década anterior, se pensó en ello, y a duras penas tuvo las dimensiones justas, pero en su reciente modernización se le había añadido una faja de acero de 70 mm para proteger su batería de mediano calibre en el costado, lo que aumentó el calado, a lo que contribuyó además el gran peso de las municiones y pertrechos de todas clases embarcados, así como provisiones para tres meses, todo ello pensando en la larga campaña que le esperaba.

Para asegurar que el barco pudiera pasar por Suez era que fuera con el mínimo posible de carbón, y reabastecerse una vez franqueado el paso, pero aquello implicaba serios problemas.

La escuadra llevaba buques carboneros, pero era preferible adquirir el carbón en las escalas con el fin de reservar todo el posible para las operaciones en Filipinas. Para el acorazado la travesía supondría tener que rellenar unas tres veces al menos sus carboneras, con los consiguientes retraso y cansancio de las dotaciones, pues la operación se hacía básicamente todavía con el esfuerzo humano, y se haría más agotadora en climas tropicales, aunque había la posibilidad de contratar personal local para la tarea.

Más graves serían las averías, pues de no poderse solucionar con los medios de a bordo, significarían la entrada en puerto neutral por un plazo que seguramente llevaría a su internamiento.

Cámara sabía que iba a ser una travesía lenta y llena de dificultades, y sin tener al llegar una auténtica base donde efectuar las últimas reparaciones, pero y a diferencia de Cervera y Montojo, el almirante no polemizó con sus superiores sobre los planes, ni se quejó por los medios puestos a su disposición, tal vez porque era muy consciente de que las opciones eran muy limitadas y no era ya cuestión de discusiones ni de salvar la responsabilidad personal.

No era la primera vez que Cámara llevaba una escuadra por aquella ruta: en 1890 tenía el mando de la que compuesta por los cruceros *Castilla*, *Ulloa* y *Austria* hizo el viaje sin menor problema. También había tenido largos destinos en Filipinas, por lo que conocía perfectamente las islas, ambas cuestiones le convertían en uno de los mejores mandos posibles para la escuadra.

Tras cruzar el Mediterráneo, la escuadra fondeó en Port Said el 26 de Junio, con el *Pelayo* prácticamente sin carbón, ya que el gasto se había incrementado por su mala calidad y poca experiencia del personal de máquinas. El gobierno español le comunicó al almirante que tenía 30.000 libras a su disposición para pagar derechos de paso y comprar carbón, mientras gestionaba con la compañía del Canal una y otra cosa.

Egipto, aunque bajo el control británico desde 1882, no era oficialmente un protectorado, y no lo fue hasta la Primera Guerra Mundial. Teóricamente el país era gobernado por el Jedive y su gobierno, bajo la autoridad suprema del Sultán de Estambul, pero lo cierto es que el poder real lo ejercía el gobernador general británico, a la sazón lord Cromer.

El imperio otomano, de haber tenido algún poder efectivo sobre el canal, no había hecho ninguna declaración de neutralidad ante la guerra hispano-norteamericana, por lo que tenía las manos libres para decidir a su gusto en la cuestión. Existía, sin embargo, un convenio internacional sobre la neutralidad del Canal, firmado por las potencias el 29-X-1888, que estipulaba que, en caso de guerra, los buques beligerantes no podían abastecerse más que de lo necesario para la siguiente etapa, y su permanencia, salvo averías, sólo podría durar 24 horas en cada puerto de entrada y salida, aparte del tiempo necesario para cruzar el canal.

El 23 de Junio, tres días antes de la llegada de la escuadra, el cónsul de los EE.UU. en Egipto solicitó de lord Cromer que dificultara en lo posible el tránsito de los buques españoles, aplicando las aún más restrictivas medidas de neutralidad impuestas en puertos británicos. Tras consultar con el "Foreign Office", la respuesta fue positiva: sólo se proporcionará el carbón necesario para que los españoles alcancen sus bases más cercanas, las Baleares, e incluso se impedirá que lo tomen de sus propios buques carboneros en los puertos egipcios. Toda la actuación se esconderá como si fueran decisiones del gobierno del Jedive, para evitar reclamaciones directas de los españoles y contribuir al retraso.

Aquello era claramente abusivo, pero funcionó a la perfección, con los abrumados embajador y cónsul español perdiendo literalmente el tiempo con las autoridades turcas o egipcias,

Tras cuatro días esperando la autorización, al final se le negó la compra de carbón a Cámara, excepto para los destructores y vapores que debían volver a España, y también el transbordo del combustible desde sus propios carboneros. Es más, se le informa que debe abandonar el puerto inmediatamente por haber sobrepasado con creces el tiempo de estancia.

El 1 de Julio, y ante intimaciones directas, Cámara salió con sus buques y ya fuera de sus aguas jurisdiccionales, con mil penas y fatigas, consi-

guió carbonear al *Pelayo* en alta mar, aunque de manera incompleta, apenas más que para poder cruzar el canal sin llevarlo remolcado.

El hastiado almirante, en sus telegramas al Ministro de Marina, llegó a referirse al gobierno de Egipto como “anglo-americano”, y considerando que el acorazado no iba a ser sino un estorbo durante todo el viaje y en las repetidas escala en puertos ingleses, propuso al gobierno continuar sin él, sólo con el *Carlos V*, los cruceros auxiliares y los transportes.

El gobierno insistió en que el acorazado debía continuar para dar más peso a la expedición. Por otra parte se incorporaron tres vapores más, con carbón, lubricantes, cañones y guardiamarinas para ser utilizados como oficiales subalternos.

Por fin el 4 de julio Cámara fue autorizado a pasar el canal, y el 7 estaba en Suez, ya en el Mar Rojo, pero allí recibió órdenes de volver del gobierno, pues el día 3 había sido destruída la escuadra de Cervera y se temía un ataque de la flota americana contra las costas españolas. Incluso circulaba el rumor de que en Gibraltar se preparaba todo para la llegada de los buques americanos.

El regreso no tuvo problemas: el 10 de julio la escuadra estaba de vuelta en Port Said, ahora su destino es España y ya no hay problema para carbonear, el 18 se llegó a Mahón y el 20 a Cartagena. Persistían los rumores sobre el ataque americano, y se le ordenó que fuera a Cádiz, navegando cerca de la costa y con las banderas desplegadas para evitar errores de identificación y animar a la población.

Todas las referencias señalan la preocupación de Dewey ante la posible llegada a Manila de la escuadra de Cámara con buques mucho más poderosos que los suyos. A veces se recuerda que los españoles llegarían en mala forma tras la larga travesía, pero no es menos cierto que los americanos llevaban operando desde Mayo, sin poder limpiar fondos y otras grandes reparaciones para las que no estaba preparado el capturado arsenal de Cavite, por lo que su estado no sería mucho mejor, e incluso es probable que fuera algo peor.

Tampoco llegaron grandes refuerzos, como sabemos sólo el crucero protegido *Charleston* el 30 de junio, que no era gran cosa, y los monitores *Monterey* el 4 de agosto y el *Monadnock* el 16 del mismo mes, que como ya se ha dicho, eran buques tan poco marineros, que tuvieron que ser penosamente remolcados por los transportes de tropas por todo el Pacífico para poder arribar a Manila. Y una vez allí, los monitores sólo servirían para defender la bahía de Manila navegando por sus tranquilas aguas.

Como la misión de Cámara era más bien asentar el dominio español en el sur del archipiélago, lo más probable es que las dos escuadras no lle-

garan a enfrentarse, atrincherándose cada una respectivamente en Manila y Zamboanga. Así que si no la recuperación o el socorro de Manila, para lo que le faltaban a Cámara soldados en su fuerza expedicionaria, su expedición si que pudo al menos salvar la parte sur de Filipinas para el dominio español, para lo que habría dispuesto además del apoyo de la escuadrilla de Ferrer y de las tropas del general Ríos.

La guerra entre Filipinas y los Estados Unidos

Como es bien sabido, el conflicto no tardó en estallar entre los norteamericanos y los filipinos, aliados sólo circunstanciales frente a España. Los norteamericanos querían controlar las islas bajo su protectorado, los filipinos querían la independencia por la que tanto habían luchado.

Y esta nueva guerra, cuando apenas había finalizado la anterior, pues de hecho muchas tropas españolas seguían esperando la evacuación y la heroica guarnición de Baler continuaba su resistencia, nos ofrece una curiosa comparación con la anterior campaña, que puede servir para establecer una valoración de la conducta de nuestras Fuerzas Armadas, tantas veces criticadas en exceso y con poca objetividad, como correspondía al amargo clima que siguió a la derrota del 98.

Las hostilidades entre americanos y filipinos se rompieron en la noche del 4 al 5 de febrero de 1899, y se prolongaron en durísima guerra hasta el 4 de julio de 1902, es decir, nada menos que tres años y cinco meses, tras los que y finalmente, los EE.UU. consiguieron la victoria.⁸

Para esa contienda las fuerzas americanas dispusieron de recursos materiales y financieros sin comparación con los que dispusieron los españoles en la campaña entre 1896 y 1897: nada menos que 400 millones de dólares (por el tratado de paz compraron Filipinas por 20 millones) se gastaron en la guerra. No hay ni que hablar de la superioridad aplastante de las fuerzas navales americanas, comparadas con la escuadra de Montojo, además la de Dewey fue reforzada con nuevos buques, parte procedente de los EE.UU., parte con los cañoneros españoles supervivientes, que fueron vendidos a los nuevos dominadores tras la evacuación del archipiélago, dado su nulo interés para nuestra Armada, junto con los apresados o capitulados durante la campaña o con los hundidos y reparados posteriormente.

⁸ MILLETT, Allan R. y MASLOWSKI, Peter: *Historia Militar de los Estados Unidos. Por la Defensa Común*. San Martín, Madrid, 1986.

Pero el capítulo principal fue el Ejército, obviamente, prestando servicio a lo largo del conflicto más de 125.000 soldados americanos, de los que murieron en acción 4.200 (aparte del duro tributo impuesto por las enfermedades) y resultaron gravemente heridos otros 2.800. Ni que decir tiene que estas tropas estaban mucho mejor armadas y equipadas que las españolas, especialmente con profusión de ametralladoras, armas casi desconocidas en nuestro Ejército por entonces, artillería, etc.

A ellos se unieron las tropas auxiliares filipinas a su servicio, los “exploradores” y la “policía”, con otros casi 20.000 hombres más.

La guerra conoció una primera fase de enfrentamientos regulares, que pronto ganaron las muy superiores fuerzas americanas, pero al pasar a la guerrilla, Aguinaldo y sus hombres dieron de sí todo lo que eran capaces.

Al mando americano no le quedó otra opción sino la de recurrir a las “aldeas estratégicas”, reconcentrando la población rural en campos fortificados y vigilados para aislarla de la guerrilla. Era la misma táctica que había empleado el Capitán General de Cuba, D. Valeriano Weyler en Cuba, y que tantos reproches y hasta acusaciones de genocidio había producido en los EE.UU. siendo uno de las excusas para su intervención militar. Claro que ahora, y pese a las críticas de alguna prensa independiente, la decisión les pareció muy diferente.

El coste para el pueblo filipino fue muy grave, calculándose más de 20.000 muertos entre los combatientes y más de 200.000 entre los civiles, tanto por represalias como por las sórdidas condiciones de los campos de reconcentración, llamados por uno de sus generales “suburbios del infierno”. Incluso se recurrió en amplias zonas a la táctica de la “tierra quemada”, incendiando viviendas y cosechas, así como matando al ganado.

Aunque se procuró echar tierra a atrocidades cometidas por tropas americanas, al menos en 54 ocasiones llegaron a ser juzgadas éstas por tribunales.

Y finalmente, el acosado Aguinaldo sólo pudo ser apresado gracias a un poco honroso ardid, aunque la lucha siguió todavía largo tiempo.

Si comparamos estos datos con los de la campaña de Polavieja que concluyó algo después de su marcha con el pacto de Biac Na Bató, creemos que podemos formarnos una idea de las efectividades reales de unos y otros.

Y no sólo por los medios y hombres empleados y por el tiempo necesario en alcanzar la victoria, sino incluso por las bajas de ambas partes y los sufrimientos de la población civil.

Es cierto, y sin ello cualquier comparación carecería de rigor, que las fuerzas de Aguinaldo habían ganado mucho en experiencia, organización y armamento tras la corta campaña de 1898, en que se habían incautado

de mucho armamento y munición a las tropas españolas que capitularon, y absorbido a muchos profesionales indígenas de ellas, que se pasaron a sus filas. Por no hablar de las consecuencias de los cambios políticos.

Pero, incluso contando con estos factores, resultan muy llamativos los hechos y cifras expuestos, cuya exacta valoración dejamos al lector.

Finalmente, a comienzos de 1898 se dieron por pacificados los territorios de Mindanao y Joló, cuya población musulmana era muy refractaria a cualquier tipo de dominación. La guerra reactivó aquí igualmente la rebelión, debiendo empeñarse las tropas americanas desde 1902 a 1913 para conseguir su completa pacificación.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

- AGA, D. Álvaro de Bazán, *Expedientes Personales, Guerra del 98*.
AGM, Segovia. *Expedientes Personales*. Faustino Ovide González.
AMAE, *Guerra con los EE.UU.*
Appendix to the Repport of the chief of the Bureau of Navigation, Washington, 1898.
Correspondencia oficial referente a las Operaciones Navales durante la guerra con los EE.UU. Imprenta de la Infantería de Marina. Madrid, 1899.
MILLETT, Allan R. y MASLOWSKI, Peter: *Historia Militar de los Estados Unidos. Por la Defensa Común*. San Martín. Madrid, 1986.
MOLINA, Antonio: *Historia de Filipinas*, ICI. Madrid, 1984, 2 vols.
RÍO, Antonio del: *Sitio y rendición de Santa Cruz de la Laguna, suerte de la colonia*, Imp. del Diario de Manila, Manila, 1899.
RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín Ramón: *Operaciones de la guerra de 1898. Una revisión crítica*. Actas. Madrid, 1998.
-----: *La caída de Manila. Estudios en torno a un informe consular*. Asociación Española de Estudios del Pacífico. Madrid, 2000.
-----: *Tramas ocultas de la guerra del 98*. Actas, Madrid, 2016.
SASTRÓN, Manuel: *La insurrección en Filipinas y Guerra hispano-americana en el archipiélago*, Minuesa de los Ríos. Madrid, 1901.
TORAL, Juan y José: *El sitio de Manila en 1898. Memorias de un voluntario*. Manila, 1898.
TRASK, David F.: *The war wih Spain*. New York, 1981.